

colocadas en el camino de «Las Lomas» empezaron a mandar mujeres conduciendo toda clase de alimentos ya preparados para comer. Pan de harina y de maíz, panecillos, pinol, azúcar en pilón y labrada en toda clase de dulces, arroz, frijoles, huevos, frutas de toda clase, flores naturales, aguardiente en vejigas y calabazas, posol, tiste, quesos y tortillas, siendo éstas tan abundantes que hasta a las bestias de los oficiales que estábamos en el cuerpo de reserva se les dió de comer, mandándose todo lo demás a la ciudad, en donde se le llamó *el fuego de las tortillas* al combate que allí se libró.

El General Jerez había previsto este caso, y con anticipación había mandado hacer una trocha que partiendo del panteón había salido al camino de «Las Lomas» por las sabanetas, y por ella se vino personalmente, mandando una tropa escogida con jefes tan valientes como el Coronel Anduray. Poco después de las nueve de la mañana oímos un fuego muy nutrido por ese rumbo. Jerez había atacado con bravura a la avanzada nuestra, por la retaguardia, mas ésta era fuerte, de cincuenta hombres, y se sostuvo contra fuerza mayor, pidiendo refuerzo por medio de un ayudante que sirvió de guía al autor, quien fué designado para ir en auxilio. Los alegres vivas de mi tropa alentaron a los nuestros, quienes cargando a los democráticos les hicieron retroceder, y cuando llegamos por la primera sabaneta que había sido teatro de la lucha, el suelo se veía regado de papeles blancos: eran los cartuchos que por ambas partes se habían disparado; parecía aquel campo una calle tapizada de flores, que me recordaba las festividades religiosas de Masaya, mi pueblo natal.

Pasamos este sitio sin pelear, y después de atravesar un bosquecillo salimos a otra sabaneta más larga y recta como de quinientas varas, en donde los combatientes rivalizaban en valor: ambos ejércitos peleaban al descubierto y con igual denuedo. Jerez se distinguía perfectamente, estaba más enflaquecido que de costumbre, iba sentado de lado en su caballo afirmando sólo un pie en el estribo, se le veía encogida una rodilla y notábase en él aquella temperatura calmosa y aquel genio frío, portando en la mano un chilillo con el cual parecía dirigir a los combatientes en el fragor de la lucha.

Al final de la sabaneta se veía a un hombre, que después se supo que era Anduray; éste se conservaba sobre su caballo, estaba mal herido y aparecía rojo, bañado en su propia sangre, reposando a la sombra de un frondoso árbol de nancite. Al acercarse el refuerzo, antes de hacerle ningún disparo se perdió entre la selva; Jerez desapareció también bajo un pliegue que el terreno hacía en ese punto. Mi fuerza les hizo una descarga y los persiguió a marcha forzada, y cuando llegamos al fondo encontramos siete caballos y seis lanzas con banderolas rojas: eran las que portaban los dragones que le acompañaban. Próximo a un caballo ensillado con montura mexicana, adornada con chapas de plata, una chinela y el rastro por donde se había escapado entre las malezas. Hice cambiar mi vieja montura inglesa por la mexicana que tenía el caballo de Jerez y montado en ella entré en la ciudad haciéndome la ilusión de que la gozaría como un trofeo de la misma manera que Martínez lucía la capa del General Ruiz.

Pronto fué desvanecida aquella grata ilusión, pues la silla en referencia era propiedad del Mayor Arana, buen amigo mío, quien la había perdido en una acción en que le mataron el caballo que montaba; me la reclamó y con gusto se la devolví.

Fué la acción de las tortillas muy memorable. Nuestra entrada triunfal en la ciudad, no fué solemnizada por los acordes de la música marcial, y no se notaba mucho entusiasmo. ¿Qué había sucedido? Hay que decirlo:

La banda militar había subido la explanada de Traña, levantada en el ángulo noroeste del perímetro fortificado, para batir el campamento de Jalteva, y allí se había emplazado un cañón de hierro viejo de grueso calibre, que los españoles mandaron para el fuerte de San Carlos; y sobre la nube de humo de pólvora que se levantaba en el campo en que estábamos librando la acción, disparaban los artilleros de la explanada de Traña, sin advertir que esas balas dañarían, tanto a los enemigos, como a los amigos.

El cañón reventó por la recámara a los pocos disparos, matando a algunos músicos de la banda e hiriendo a otros; el artillero fué hecho pedazos: éste era el capitán Escobar, el valiente y experto marino, que había subido en el rápido del

Castillo el primer vapor de Vanderbilt que surcó las aguas del río San Juan, y las del gran lago: ¡horrores de la guerra! Su mano voló por el aire y fué a caer cerca de don Fernando Lacayo.

La gran cantidad de víveres quitada a las vivanderas, puso en claro que el cantón de Jalteva estaba mantenido porque Masaya es el país de la abundancia y los indios son laboriosos, enérgicos e inclinados al comercio, sin que les arredre el peligro; el peligro les estimula más a trabajar como que por él su mercancía obtiene mayor precio: su fortuna le fué negra e impía en esta ocasión, porque las infelices mujeres que del campo se les mandó a la ciudad cargadas con sus víveres, fueron confinadas a una de las islas del Lago.

El autor fué a bañarse en ocasión que un grupo de estas vivanderas maseyesas estaban aguardando la embarcación que debía conducir las a su triste destino, y tuvo la desgracia de presenciar una escena conmovedora: varias de ellas estaban criando, y habían dejado a sus tiernos hijitos solos al cuidado de un vecino, y desgarraba el alma ver aquellas madres empujar la arena de la playa con las lágrimas de sus ojos, y con la leche que exprimían de su turgente seno; aquello causaba emociones terribles de compasión... sin poder favorecerlas, porque la situación de guerra había endurecido las entrañas del granadino, tan caritativo y filantrópico en los tiempos normales.

Era necesario quitarle a Jerez la plaza de Masaya, y el general Chamorro hizo salir al general Corral con una columna, destinada ostensiblemente para atacar la ciudad de Rivas; el autor iba en esa columna y salimos con dirección al mediodía, y llegamos a pernoctar a Diriomo. No se ocultó a Jerez el objetivo de aquella evolución astuta, porque conocía el carácter de don Fruto: Masaya era el punto lógico a que debía dirigir el golpe su adversario, y en consejo de su Estado Mayor se dispuso frustrarle su plan interceptándole el paso en las sinuosidades del camino accidentado que tenía que recorrer para llenar el verdadero objeto de su movimiento.

Al efecto hizo salir al general José Guerrero, uno de los diputados a la constituyente expulsado por Chamorro, y su.

cálculo se realizó: bajábamos nosotros por el pueblecito San Juan Namotivá, y Guerrero por el de Catarina, y entre uno y otro pueblo, se encontraron las respectivas descubiertas: las descargas de fusilería nos anunciaban el choque, que el general Corral había previsto, e iba preparado: ordenó una carga de frente, y esto bastó para que el enemigo diera la espalda: la escaramuza causó tres heridos que se mandaron a Diriomo. Don Marcelo Vega, masayés, negociante de ganado, y partidario de Chamorro bien conocido, y que estaba en Catarina, salió de este pueblecito, al llegar los democráticos, se encontró con nosotros en ese instante, e informó que Guerrero y Méndez eran los jefes.

La columna expedicionaria ocupó el pueblecito de Catarina, en cuyas calles de terreno tan desigual pudo Guerrero, situarse ventajosamente para librar una acción en condiciones muy favorables, las cuales escaló Corral a paso de carga, poniéndolas todas de su parte; la iglesia está en alto, y en el centro, y como punto estratégico ocupó Corral con su Estado Mayor, en que iban los Xatruch, Pedro y Florencio y otros jefes hondureños.

Se colocaron todos los retenes del arte, y Corral mandó que se pasara una revista de armas y municiones; mientras tanto llevaron a la plaza el cadáver de Pablo Mátus, que como Marcelo Vega había llegado de comercio, y los democráticos se lo llevaban amarrado para Masaya; al salir del pueblo, no queriendo llevar el estorbo, lo mataron a puñaladas.

Después de la revista que Corral había mandado practicar, los oficiales dieron cuenta que la tropa no tenía piedra de chispa de reserva, ni hachuela, y la hachuela era un fierrecito, muy útil y necesario: por el un extremo tenía un punzón que servía para dos cosas: para desatornillar el tornillo pedrero y cambiar la piedra de chispa; y para limpiar el agujero de la recámara del fusil cuando estaba saturado por la grasa de la pólvora cuando se hacía mucho uso de ella: y estando obstruido, el polvorín se esfumaba, sin que la pólvora encendida en la cazueleja, transmitiese el fuego e inflamase la pólvora de la recámara del fusil, que produce el fenómeno explosivo que impulsa la bala.

El General Corral, que no quería nunca exponer una victoria

por el descuido de un detalle por insignificante que otros lo apreciaran, él no quiso. Con estas cosas no debía continuar su marcha sobre las fortalezas de Masaya; tanto menos, cuanto que ya el enemigo conocía la evolución del carácter de reservada que el General Chamorro pretendió darle; en consecuencia, dió parte a Granada de que contramarchaba, y cuando la noche comenzaba a tender su negro manto sobre el horizonte, la columna entraba a la sordina en la ciudad, el 3 de febrero de 1855.

Seis días después, la misma columna al mando del Coronel Florencio Xatruch, llevando a otros jefes como el Coronel Martínez, Bonilla, Arana, Xatruch Pedro, Galarza Pedro, y buena oficialidad, volvimos a la carga sobre Masaya, no con rodeos, sino en línea recta; la diana de las cuatro de la madrugada tocaban en la plaza de Jalteva, cuando desfilaba cerca de ella nuestra tropa; alguien advirtió que no se había dado el santo y seña de la pelea; y sin guardar la circunspección debida, circuló la frase, pasada de boca en boca, «El Señor de Esquipulas... El Señor de Esquipulas», que fué repetida en toda la columna en marcha.

No hay duda que el ruido fué oído por los centinelas del arroyo, porque la diana fué cambiada en generala. Llevábamos en la expedición muchos valientes; pero este incidente no decía muy bien de su militaridad; sin embargo, no encontramos ningún obstáculo.

El atrio de la iglesia de Masaya tenía adobes arpillados a la orilla, desde la puerta lateral del sur, hasta la puerta lateral del norte, con troneras en toda la extensión; del mismo modo estaban las ventanas de la iglesia, el corredor saliente de la antigua sacristía, y además, había en los cuatro ángulos unas garitas, también fortificadas y guardadas por tropa; lo mismo estaba la torre. Sin embargo, la trópa que peleó en Jinotega, formábamos sección, con su gran bandera celeste y blanco, en cuya franja del centro se leía: «Sección vencedora», en grandes letras; la comandaba el Coronel Tomás Martínez, y a ella pertenecía el autor; y la otra bandera tenía la inscripción: «Sección del orden», y la comandaba el Mayor Arana, ambas de tres compañías de setenta plazas cada una; toda era tropa de asalto,

y avezada en los peligros en meses de luchas, defendiendo la plaza de Granada, y toda entusiasta y ansiosa de pelear.

El Mayor Arana mandaba el ala derecha, el autor la izquierda, y el Coronel Pedro Xatruch, el centro. Vi mi reloj: eran las doce justas, y la carga de la tropa fué tan vigorosa, y rápida, que todos ocuparon simultáneamente las bocacalles de la plaza. El enemigo se concentró a sus inexpugnables baluartes de la iglesia, y de las ventanas, la torre y el atrio, y de la sacristía hacían un fuego muy nutrido. Por el ángulo suoreste, nos disparó un cañonazo de metralla, tan mal dirigido, que la gente del ala izquierda no sufrió nada, porque los proyectiles dieron sobre el tejado del corredor de la casa de don Guillermo Pérez, hoy de C. Morales, pero la tropa echó pie atrás y se cubrió con la esquina de la casa de Solano.

Los disparos que se hacían obligaron a los que ocupaban las garitas a bajarse de ellas precipitadamente. Esto infundió nuevo aliento a la tropa, que observó que la del centro, con Xatruch que andaba montado en su mula, entró al corredor de las Coronel, hoy de Cedeño, recorría sus soldados apostados detrás de los pilares; y otro tanto hacía la tropa en los pilares del corredor de las Huete, ahora de Tejada; toda la tropa peleaba con igual ardor. Méndez, que vestido de uniforme rojo salió al encuentro de la guerrilla del centro, no pudo detener su empuje y volvió bridas, pasando por la plaza sin detenerse, dejando comprometido al Coronel Benavides, en el solar de la casa que ahora es de los Romero, junto con otros de los suyos.

El ala izquierda fué reforzada por tropa de los marineros, al mando del valiente Eustaquio Sandoval, *el Loco*, y se pudo evolucionar con rapidez, colocando por dentro de todas las piezas del Cabildo, al frente de la gran trinchera del atrio, tropa que haciendo fuego por las ventanas amedrentase al enemigo. Cuando salimos de aquellas piezas por la esquina de las casas, encontramos al Coronel Martínez que había caído con su yegua, la que había recibido un balazo en la mano e iba cojeando halada por su jinete, para montar de nuevo.

Era la una; desde este momento se veía que los divisas blancas ocupaban la sacristía; de la gran fortificación del atrio no hacían fuego; el baluarte de la iglesia estaba en nuestro poder,

después de una hora de rudo batallar, sólo la torre no se rendía. El ala izquierda hacía esfuerzos heroicos; guapos oficiales la habían reforzado. Sandoval, *el Loco*; Tinoco, jinotegano; Vega, chontaleño; Chavarría, salvadoreño, y Sánchez, hondureño, acompañaban al autor en sus descabellados movimientos. Cubierto de los fuegos de la torre por la esquina noroeste del Cabildo, vimos salir de la iglesia, en fuga, un grupo encabezado por el famoso Chico Lora. ¡A ellos, muchachos!, exclamé yo fuera de mí, y espoleé mi caballo; sólo Tinoco y Vega me siguieron en la calaverada; ellos peleaban con fusil, y sus bayonetas dieron cuenta de la vida de los que, frente de la calle de San Jerónimo, tropezaron con el caballo que les atravesé. Nos disparaban de la torre, yo entré a la iglesia, ellos a la casa que ahora es de la señora Jacoby, a refugiarnos; las bóvedas del templo estaban tan llenas del humo de los fusiles y del cañón que había disparado el polaco democrático, que no se distinguía el color, y opté por volverme a salir: pasé en carrera la plaza y salté al corredor de la casa, yendo a bajar por el ángulo noroeste; ya solo, vi tres montados, con la pierna cruzada sobre el pescuezo de sus cabalgaduras, detrás de la sacristía, y oí que los de la torre vociferaban mi nombre; y entonces me atravesé en carrera y les increpé por su inercia, cuando los demás activaban por resolver el problema pronto, porque Jerez debía de mandar de Jalteva a atacar por retaguardia, invitándoles a ir a concluir con los de la torre.

Impasibles Zavala Joaquín y Vijil, permanecieron montados; sólo el joven Urtecho atendió a mi insensata propuesta de ir a la torre, evitándose de presenciar horripilantes episodios. Al pasar la baranda del presbiterio del comulgatorio, un estruendo de fusilería, por nuestra retaguardia, nos sorprendió, y cargamos hacia el norte, por donde se veía el humo de los fognazos: los divisas blancas habían disparado a quemarropa sobre un sacristán que se ocultaba detrás de la cruz de un crucifijo, cubierto por un velo de zaraza, que se había incendiado por los fognazos, pero que afortunadamente no había sido herido; no fué tan dichosa una pobre mujer, que se había escondido detrás de una voluminosa estatua de madera sentada, que representaba a la abuela del que estaba pendiente en la cruz, pues esta

infeliz había recibido un refilón de bala en un pecho, y otra bala le trozó una trenza; la sacamos por el lado de la sacristía, y tornamos a continuar tan loca empresa.

Al comenzar a subir, nos encontramos en la tercer grada de la escalera con unos prisioneros, que en el primer piso de la torre se había hecho, y amarrados con una sola cuerda de los badajos de las campanas descendían como una ristra de ajos, conducida por un excelente oficial, Duarte, managuense.

Eran los avanzados: Valdés, Gago, Cusero, y otros cuatro, todos conocidos del autor, que me pedían su salvación, llamándome padre, hermano, amigo, en su congoja. Urtechito se abrió paso y continuó ascendiendo; el autor regresó con aquellos desgraciados con objeto de salvarlos auxiliado del valiente y humano oficial Duarte.

Tan luego vieron a los prisioneros en el suelo, unos pocos soldados cargaron sobre ellos con mirada famélica, intentando matarlos; pudimos los dos defensores sacarlos ilesos hasta el atrio; pero allí se juntaron otros exaltados, que con más furia pretendían vengar con su sangre la de Urtechito que habían matado; aquel aserto era inventado para motivar el sacrificio; lo negaba porque, en efecto, habiendo regresado de la escalera, no había presenciado que el Coronel Martínez con unos pocos había subido al primer piso de la torre, después que mandó a los que encontró allí para abajo, amarrados, se había quedado en ese punto, pero arrimado a la pared norte, fuera de la visual de los que estaban en el piso de arriba, porque la escalera, para subir donde ellos, tenía su pie al lado sur. Urtechito no oyó o no entendió la advertencia del peligro y marchó oblicuamente; comenzó a ascender, y del segundo peldaño fué derribado por un balazo, que puso fin a su importante e incipiente vida, y el autor no lo sabía en aquel momento supremo.

Los soldados se quejaron al Coronel Xatruch, que se acercó montado al lugar del altercado, y este Coronel les dijo: «Mántenlos». No había sonado la última sílaba de esa fatal palabra cuando los hidrófobos soldados dispararon simultáneamente sobre la sarta de prisioneros que, cayendo unos sobre otros, fueron las últimas víctimas de aquella hecatombe humana. ¡Horrores de la guerra! El montón de aquellos agonizantes hombres

formaba un cuadro espeluznante: catorce pies y catorce manos se movían convulsos con los estertores de la muerte.

El desastre se había consumado: eran las dos de la tarde, y el formidable baluarte de los democráticos había caído por completo en nuestro poder; lo anunciaba un repique de las campanas de la torre. Sus defensores se habían rendido halagados por la garantía de la vida que el Coronel Martínez les había ofrecido *in voce*, garantía que en Granada no creyeron atendible, y entre los cincuenta rendidos escogieron dos infelices masayas y los fusilaron, sin consideración a los masayas que tanto se esforzaban en los combates defendiendo la plaza, medida impolítica que habría justificado la separación de los masayas del ejército; por mi parte, lo confieso, por honor y por vergüenza, continué hasta lo último en mi puesto.

Luis Escobar e Ireneo Mátus fueron inmolados al *respeto del principio de autoridad* que los ex-nobles de Guatemala aconsejaron en una nota oficial a don Fruto, y que fué publicada por la prensa, anteponiéndolo a los principios del derecho de gentes, que favorecía a los referidos prisioneros, punto de derecho internacional que se controvertió en la defensa, pero en vano; porque la sangre de esas dos víctimas debía aplacar los manes del Mayor Arana y del joven Urtecho, muertos, el primero en la toma de la sacristía, y el segundo en la torre de la iglesia de Masaya; pero había que dar la razón ostensible: *el principio de autoridad*; y las víctimas, custodiadas por tropa, y al toque de un clarín, por la calle del Hormiguero y acompañados de un sacerdote con una sobrepelliz, salieron de San Francisco a Jalteva. Escobar con un par de grillos marcaba el paso, oyéndose el ruido de los grillos y las preces del rco político, que llevaba un crucifijo en la mano.

Don Fruto ejercía la autoridad constituida, como don Francisco Barrundia ejercía la del Estado de Guatemala, cuando el Presidente de la República, don Manuel José Arce, dió el golpe de Estado, reduciéndole a prisión, dándole el poder a don Mariano de Aycinena; entonces no respetaron el principio de autoridad, y en Nicaragua trajeron a Malespín y Guardiola, hasta que lo derrocaron con el triunfo sobre la plaza de León, fusilando a Madriz, en quien depositó el doctor Pérez, y a su

Ministro Navas. ¿Qué se hizo entonces del principio de autoridad? Así son los políticos, invocan un principio cuando les conviene, y en esa ocasión, se levantó, invocando ese principio, el patíbulo en que perecieron Escobar y Mátus; y los nicaragüenses continuaron matándose sin poderse vencer.

En Masaya quedaron más de treinta cadáveres, para tomarse la iglesia de parte de los agresores, y más de noventa de los defensores; y no hay nota del número de heridos; todo en una hora que duró el fuego nutrido, porque la otra hora, fueron pocos los disparos que hacían de la torre.

Extrañará al lector tan alta cifra de cadáveres en una hora, peleándose con fusiles de chispa, y más extraño le parecerá viendo el complicado mecanismo del uso de tales armas; helo aquí: el instructor y los oficiales les hacían ejercicio diariamente, tarde y mañana, enseñándoles a cargar y descargar su arma: por el primer movimiento, el soldado apoyaba el fusil en su cadera con la mano izquierda, y con la derecha sacaba de su canana el cartucho, lo rompía con los dientes, y echaba parte de la pólvora en la cazueleja de la llave del fusil; le bajaba el rastrillo, para que no derramara la pólvora, y bajaba el arma por su costado izquierdo, haciendo atrás el pie derecho, y echaba el resto de la pólvora del cartucho dentro del cañón del fusil, junto con la bala y el papel del cartucho en cuyo fondo iba dicho proyectil, sacando en seguida de la caja del fusil la baqueta de hierro, con que empujaba la bala y el papel al fondo de la recámara, con lo cual terminaba la maniobra de la carga, y el soldado se cuadraba listo para disparar.

Tiene razón el lector de extrañarse de que, con una operación tan dilatada, hubiese habido tanta cantidad de muertos en una hora en el ataque de la plaza de Masaya, con las fortificaciones referidas de su iglesia, las cuales permanecieron así hasta el tiempo de Walker, quien la llamó la Malaka de Nicaragua. El hecho es auténtico, y lo refiero, para que lo conozcan las futuras generaciones.

Aun no se habían rendido los de la torre, y ya algunos soldados saqueaban las casas vecinas de la plaza. El autor obligó a un cabo de los suyos a devolver a doña Susana Suárez los vestidos que la había robado, y se empeñó en recoger la tropa

que andaba dispersa, tanto por evitar el merodeo como por tenerlos reunidos, para en caso de que de Jalteva viniesen por detrás a atacarnos.

En efecto, Jerez había mandado al General Alvarez con trescientos hombres, pero al llegar, en el camino oyó repicar campanas, y sospechando que fuese señal de nuestro triunfo, porque no oía tiroteo, suspendió su marcha y mandó un espía a informarse, y regresó con la noticia de la ocupación de la plaza; allí permaneció hasta las ocho de la noche, hora de concentración, para pasar lista de retreta; y al favor de esta circunstancia y de la sombra de la noche, desfiló por la ronda de la ciudad, y fué a situar sus reales en Nindirí, a dos millas de Masaya, poniendo su tropa al amparo de las almenas de su iglesita.

Sin los auxilios de alimentos que recibía de Masaya, el soldado de Jerez no se podía sostener en Jalteva, y en consejo, resolvió el vencedor del Pozo su retirada, y en la madrugada salió con su ejército para León. El padre Meneses, que había permanecido dentro de la línea de los sitiadores, tan luego amaneció el 10 de febrero de 1855, habló por la trinchera del consulado y dió el parte de que ya se había ido Jerez, dejando vacío a Jalteva.

No pudiendo montar a caballo don Fruto, mandó al Coronel Ubáu, con una fuerza respetable, seguir a los democráticos, para atacarlos en el camino y disolverlos. Jerez, comprendiendo lo que podía hacer con su adversario, dejaba a respetable distancia del grueso de su ejército una columna de buena tropa, con mejores jefes, para hacerles frente mientras tanto él se acercaba a Masaya con su artillería y su tren de guerra, por el camino carretero, entrando por el barrio de San Miguel, por donde despidió unas guerrillas sobre la plaza, con el fin de que no saliesen de ella a interceptarle el paso; y se estableció un tiroteo por las calles centrales, mientras él llevado en la litera, que en Jalteva servía para conducir al sacerdote que reparte a domicilio el pan eucarístico a los enfermos, pasaba por la ronda de la ciudad, rumbo al occidente; se peleó toda la tarde en un radio de tres y cuatrocientas varas, del centro.

Al oscurecer cesaron los fuegos de la ciudad y el que se

había oído por el lado de San Miguel. Había habido dos combates simultáneos: el Coronel Ubáu, y su columna, se había batido con la fuerza de retaguardia que Jerez había dejado atrás en previsión de esta maniobra estratégica del General Chamorro, en la cual murieron los afamados y valientes jefes Cloter y Hernández, hijo este último del fiel General Hernández, leonés, que vino con Chamorro después de su derrota del Pozo.

En la noche hubo algunos episodios que no dejaré de referir aunque no tengan significación; por el ataque de la tarde se contuvo la tarea de enterrar tanto cadáver, y fué necesario ponernos a sotavento de los cuerpos en putrefacción, porque no se sufría el hedor. Los cirujanos repartieron terrones de alcanfor, aconsejando que se tragase algo, para asegurar más la antisepsia. La droga era amarga, pero la tragamos, y al amanecer se llevaron los cadáveres de arrastrada al arroyo y se puso fuego al montón, incineración horrible que hizo emigrar al vecindario de aquel fúnebre recinto.

En la noche del día del segundo fuego, creíamos que el enemigo no había acabado de pasar, y por la calle oblicua de San Miguel a San Jerónimo, en la calle del Calvario, hay un gran solar, que entonces era abierto y con unas pocas casas, y en el ángulo noroeste de esa cuadra, está la casa grande a orilla de la plaza. En esa dirección se oían golpes, como que estuviesen abriendo boquetes en la pared, y también un ruido como si arrastrasen cureñas de cañón; todos oían lo mismo y lo traducían en el mismo sentido, incluyendo al Coronel Florencio Xatruch, quien personalmente comenzó a arpillar con los ladrillos de la casa que los soldados arrancaron con sus bayonetas, quedando así atrincheradas las ventanas salientes del lado de la calle, en tanto que con barras se abrieron troneras en las paredes del patio por donde se oían los ruidos.

La noche pasó sin el temido ataque, y se vió al amanecer que los golpes que se oyeron habían sido causados por un caballo que estaba sin comer y daba coces al pesebre vacío pidiendo su cena, y éstos eran los golpes que se creyó que eran para perforar la tapia; el arrastrar de cureñas de cañones enemigos era el ruido del volcán en actividad, que en el silencio

de la noche se oía, y no en el día, por el ruido del movimiento comercial de la ciudad.

A los tres días llegó a ponerse a la cabeza del ejército el General Corral, y designó al autor para que con una fuerza fuese a organizar políticamente los pueblos adyacentes, y para que llamase de Jinotepe a don Cruz Ortega, y que restableciese la gran fábrica de aguardiente en Masatepe, en donde estaba todo el material, por el sistema antiguo de tamalcomes y de destilación, en que era perito don Cruz.

Durante mi excursión por los pueblos, tuvo lugar un negro asesinato, que fué muy reprobado por casi todo el ejército que demoraba en Masaya. Un Coronel cobarde, que rehuyendo el peligro del riesgo se fingió enfermo, poniéndose un cáustico, que hizo necesario dar su sección al mayor Arana, llegó a los tres días a ponerse a la cabeza de su cuerpo, fué nombrado Jefe de día, y a media noche sacó a uno de los prisioneros del 9, y lo fusiló bárbaramente.

Manuel Cerda era el nombre del victimario, y Pío Guevara el del occiso, joven moreno, de ojos celestes, de faz agradable y trato fino, que le recomendaban como hombre culto, se había captado las simpatías de las familias partidarias de don Fruto, porque las favorecía y garantizaba, y por recomendación de éstas estaba bien tratado en su prisión. Con estas bellas cualidades, Guevara se había interpuesto entre Cerda y una hermosa joven de Jinotepe, obteniendo la preferencia en su amor; esto, se dijo, fué la causa de su trágico fin, según la opinión más aceptada.

El General Corral, con la actividad y energía que le era característica, mandó capturar en el acto al Coronel Cerda, y en la misma noche, sin descansar, levantó el proceso con el auditor y nombró los vocales del consejo de guerra. El ayudante Zavala Joaquín, comprendiendo que sería condenado a muerte, de acuerdo con Vijil, pusieron un correo a las familias Chamorro, Vega y otros con quienes tenía sus entronques en Granada el reo, y mediante influencia de éstas, vino al amanecer un oficio de la superioridad, arrastrando la causa con el reo, y de esta manera quedó impune el delito.

La plaza de Rivas había sido reconquistada por el gobierno.

que mandó una fuerza al mando del Coronel Estanislao Argüello, cuyo alto valor no estaba en relación con su pequeña estatura, y en el combate murió otro valiente, el Capitán Montiel. Para organizar aquel importante Departamento, fué nombrado Prefecto el Coronel Ubáu, que también llevaba el mando militar, con el nombre que entonces se daba: «Gobernador militar», y el autor fué nombrado secretario de las dos oficinas.

En consecuencia, mi jefe inmediato, el Coronel Martínez, recibió un oficio pidiéndome, y el autor, una carta de don Fulgencio Vega, llamándome a Granada, y me insinuaba el objeto, para que llevase vestidos para vivir en la culta ciudad de mi destino. Cuando pasé por Granada, el Mayor Vega me dió instrucciones con sagacidad y aun me mostró la lisonjera contestación del Coronel Martínez, quien le decía que me mandaba por disciplina, porque habría preferido dar en mi lugar tres de los otros oficiales de su cuerpo, y refiero este episodio no tanto por la vanidad, pues confieso que me sentí halagado, cuanto por consignar ese rasgo de diplomacia de un jefe con su subalterno.

Después de estos sucesos, Nicaragua entró por más de cien días en una calma impuesta por el cansancio de los dos bandos que habían luchado ciegos y tenaces con lamentable carnicería; pero que continuaban preparando nuevos elementos para seguir la lucha.

Mientras tanto, lo que pasaba por occidente era de gran significación, y debemos narrarlo. Don Tomás Manning, después de la retirada de Jerez con su ejército de Jalteva, pasó por Chichigalpa, adonde solía llegar el Dr. Cortés de su retiro, cuando lo traían para ver algún enfermo, y con este motivo estaba en dicho pueblo, y supo que allí estaba en la casa de don Pedro Zeledón; se fué allá y le encontró, y de allí se fueron juntos, porque «San Alejo», residencia de Cortés, está situada por el camino de Chinandega, donde vivía el inglés.

En el camino le dijo Manning que lo había buscado porque quería comunicarle una noticia funesta para Nicaragua, de cuya suerte se había ocupado en otra ocasión: que en aquella ocasión el peligro no estaba en el interior, que venía de fuera, y que la autonomía del país estaba amenazada, porque William Wal-

ker vendría con americanos a tomar parte en favor del provisorio en la contienda armada de familia; que él tenía fe en su talento político, y quería saber lo que él pensaba que se podía hacer para coadyuvar en tamaño peligro y poder transmitir a Castellón su ilustrada opinión al respecto.

El Dr. Cortés se mostró muy conforme con los fundados temores de Mr. Manning, añadiéndole que este Walker aventurero ya había querido, por una evolución semejante, hacerse Presidente de Sonora, y que un hombre tan ambicioso y audaz era peligroso, principalmente en las circunstancias en que los prestigios de Jerez habían sufrido un eclipse, por su retirada de Jalteva; que siendo un hecho inevitable su arribo, había que controlar esas influencias, llamando al General Muñoz, que estaba en la República del Salvador, para que se pusiese al frente del ejército, donde obtendría la hegemonía militar. Para esto debía ayudar el Gobierno del Salvador, mandando un comisionado a proponer ostensiblemente su mediación amigable en la contienda de hermanos; pero que sirviese para que la evolución del cambio de jefe del ejército no disgustase a Jerez, y el desenvolvimiento de otras evoluciones de carácter político-militar. Se separaron los viajeros, para irse cada uno a su destino. llevando Manning autorización de Cortés para que hiciese uso de su nombre en todo lo relativo a este trascendental asunto.

Algunos días después, como a las diez de la noche, de luna clarísima, se oyó un tropel por el abra de la hacienda, y se sintió desmontarse alguien que preguntó por el Dr. Cortés, en nombre de Mr. Manning, portando una carta, y dentro de algunos minutos el Doctor iba en marcha camino de Chinandega. Allí le esperaban el General Muñoz y Mr. Manning; aquél le dijo: «Doctor, se me ha llamado, y el nombre de usted no ha sido extraño a este llamamiento, y vengo resuelto a servir en el ejército que el mismo General Jerez me ofrece; pero antes he querido saber su opinión sobre cuál sea la situación del país».

«General, le contestó Cortés, ya el señor Manning debe de haberle informado que el ensayo de la diplomacia para un arreglo ha sido impotente, ya que impotente ha sido el empleo de las armas. Yo tengo, sin embargo, un proyecto para abordar a la paz, el cual consiste en que, cuando usted haya puesto el

ejército en buenas condiciones, entonces los dos jefes de los dos ejércitos se junten en un punto dado y asuman el poder de la República, haciendo cesar a los dos Gobiernos, para que Nicaragua quede regido por un solo Gobierno binario, con carácter dictatorial, por el tiempo necesario para que los pueblos se aquieten, y que se practiquen en calma elecciones de Presidente», en cuya evolución ofrecía tomar participación, porque en aquella ocasión el General en Jefe del ejército era el General Corral, porque había muerto ya el General Presidente Fruto Chamorro, que hubiera sido un obstáculo, pues que su camarilla sostenía de mala gana la intransigencia, en tanto que Corral era más accesible a la paz.

A los pocos días, dueño ya Muñoz de la situación, le mandó a Cortés un ayudante con una carta, para que se fuera a León; aquí departieron juntos largamente, y con un salvoconducto suyo, para todo el territorio del Estado, hasta donde alcanzase la influencia de sus armas, pudiese andar libremente. Salió, pues, Cortés de su retiro de seis meses en «San Alejo», y volvía a ocuparse de la política.

Facilitada su locomoción, Cortés se fué a la hacienda donde tenía su familia, porque la nueva faz de los sucesos le ponían a cubierto de las amenazas que le habían obligado a abandonar, y como lo había pensado, su presencia súbita en la hacienda, después de larga ausencia, llamó la atención de los granadinos moradores de aquella comarca, y que sería el objeto de diferentes versiones de parte de los Zelaya Bolaños, sus vecinos; y en efecto, fueron éstos los primeros que llegaron a visitarlo, por darle ostensiblemente la bienvenida; pero principalmente por saber lo que motivaba aquella inesperada novedad.

La conversación de Cortés con estos individuos versó más especialmente sobre la próxima llegada de una partida de norteamericanos procedentes de California, que Byron Cole se había comprometido traer en auxilio del Gobierno democrático, el cual estaba escrito que estaba listo, en cumplimiento de su contrato, y que venía al mando de William Walker.

Aunque el Doctor, con su fácil palabra y su clara y sencilla expresión puso ante los ojos de sus visitantes la gravedad del

peligro que corría la autonomía de Nicaragua con la intervención de aquel elemento extraño en nuestra contienda doméstica si Walker adquiría la influencia en el país, como era posible, dado su talento e ilustración, ellos escuchaban todo con cierta reserva; pero pronto lo transmitirían a Granada, que era lo que se proponía Cortés, para que los hombres que dirigían la política lo supiesen.

El ilustrado Gobierno del Salvador recibió benévolas insinuaciones de los hombres que se interesaban por la paz, encontraron eficaz el propósito del proyecto de Chinandega, y en consecuencia, nombró al sabio sacerdote Dr. M. Alcaine para que viniese a Nicaragua con misión diplomática, a mediar entre los contendientes, a fin de restablecer la concordia entre los nicaragüenses.

No podía ser más acertada la designación del comisionado: a sus bellas prendas personales de talento, civilización y cultura, el P. Alcaine reunía el carácter evangélico de ministro de una religión de paz, que daban a su palabra de reconciliación a partidos que derramaban sin piedad sangre de hermanos, invocando la augusta autoridad del clemente Padre de los hombres.

Para llevar a la práctica el proyecto de Chinandega, era favorable la llegada de este Ministro mediador, cualquiera que fuese el éxito de sus gestiones, en las cuales debía tomar parte el General Corral, porque siempre facilitaría la unión proyectada de los dos jefes militares, porque según lo que resolviesen los jefes de la política, ya el General Corral sabría a qué atenerse en sus deliberaciones.

El Dr. Cortés había recibido un salvoconducto del jefe del ejército legitimista, en términos similares del que tenía del jefe del ejército democrático: ya con estos dos pasaportes podía andar por toda la República, y determinó hacer un viaje a su casa de Masaya, para estar cerca de Granada, y ponerse al corriente del curso que llevaban las negociaciones del diplomático salvadoreño.

En Granada, aun después de muerto el Presidente Chamorro, se observaba con una especie de veneración las típicas palabras de los Aycinena: *hacer respetar el principio de autoridad*, y

permanecían aferrados a este otro: *los gobiernos legítimos no deben entrar en tratado con las facciones*. Ante estos vallados infranqueables, tuvo que retroceder la diplomacia salvadoreña, y el Padre Alcaine regresó decepcionado.

La negativa a las proposiciones de paz produjo una revolución social en Granada, porque los comerciantes veían todo lo que sufría su crédito con la paralización de sus negocios por más tiempo, por motivo de aquella guerra indefinida, y de igual modo los industriales y agricultores veían arruinarse sus trabajos por falta de brazos; sintiéndose un rumor de descontento entre estos que no aceptaban la paz, no recogiendo de la intransigencia otra cosa que las exacciones de dinero para el sostenimiento del ejército, justas consideraciones que pesaron en el ánimo del General Corral, que inspiróse en los nobles sentimientos de alto patriotismo excepto el proyecto de Chinandega.

El filantrópico sacerdote Alcaine regresó al Salvador llevando la satisfactoria idea de la futura unión de los jefes de ambos ejércitos, que haría cesar la guerra en Nicaragua, y sólo había que esperar el desenvolvimiento de los sucesos.

Cuando en Granada se supo que el General Muñoz estaba a la cabeza del ejército democrático, escribieron a don Dionisio Chamorro, que su hermano don Fruto, desde el principio de la guerra, había mandado a Guatemala, informándole de la llegada de Muñoz a servir a los democráticos, y encargándole que se interesara con los Aycinena y el General Carrera, a fin de que le prestasen su concurso en el trabajo de conseguir que el General Guardiola viniese a Nicaragua a prestar sus servicios militares al ejército legitimista.

Era don Eduardo Castillo, Prefecto y Gobernador militar del Departamento de Rivas, y el autor continuaba ocupando en las oficinas el mismo puesto que tenía con su antecesor.

Cuando desembarcó Guardiola en San Juan del Sur con el Licenciado Guadalupe Sáenz, que le acompañaba desde Guatemala; con don Evaristo Carazo, el círculo de sus amigos salimos a encontrarlo al camino en una finca de un señor Santos. Allí dimos el saludo de bienvenida al ilustre hijo de Marte: era Guardiola de robusta forma y de regular tamaño, ancho de espaldas, cabeza abultada y pelo lacio, carirredondo, moreno y de

bigotes largos, tan exagerados, que se los pasaba detrás de las orejas; los ojos redondos, y más grandes que pequeños, los avivaba con gracia cuando dirigía la palabra suave y clara, de modo que atraía, antes que repeler al que lo trataba, porque tenía las maneras finas del hombre de buena sociedad. Yo transmití mis impresiones en una carta al Mayor Vega.

Cuando Guardiola llegó a Granada, y se puso en contacto con los hombres de la situación, y les expresó sus ideas técnicas respecto de la guerra en Nicaragua, su palabra sugestiva llevó a todos los ánimos la convicción de afianzar el ala derecha del ejército, que el General en Jefe, don Ponciano Corral, tenía en Managua.

El General Guardiola no tardó en marchar con este propósito a Matagalpa y Nueva Segovia, con una columna de quinientos hombres, respetable por la clase de tropa que llevaba, más que por el número. Iban con él los Xatruch y otros hondureños valientes; el Coronel Bonilla y otros denodados nicaragüenses probados en muchos combates, a quienes fastidiaba la inercia en que los tenían desde febrero.

Las evoluciones de Guardiola por el norte con su ejército lucido tenían, además de la significación militar, otras significaciones políticas: favorecían la determinación de agredir los guatemaltecos a Cabañas, llamándole la atención por el sur, acercándole por el norte a Guardiola con fuerzas nicaragüenses, y provocar a los leoneses amenazando su plaza con evoluciones apropiadas; con este objeto, ocupó el Corpus, pueblo fronterizo de Honduras.

Muñoz que conocía el carácter de su adversario, acostumbrado a movimientos rápidos, comprendió que las trincheras que hacían en el pueblo montañoso del Corpus, obedecían al propósito de desorientarlo y abandonarlas de súbito, cuando así le conviniese, y le comunicó a Corral su pensamiento, saliendo de León con su ejército.

El bergantín *Vesta* había amarrado al puerto del Realejo, trayendo a su bordo a William Walker, con su pandilla de aventureros de varias nacionalidades, siendo la mayor parte yankees. Como eran pocos, apenas sesenta, no quiso exhibirse con

tan pequeño número, y se dirigió sólo acompañado de dos ayudantes a León.

El General Muñoz con su lucido Estado Mayor acompañaba al Licenciado Castellón, jefe provisorio del Gobierno, cuando Walker se presentó en el palacio, en cuyo frente estaba formado el ejército que el jefe nicaraguense había disciplinado para su expedición a las Segovias. Allí departieron juntos sobre el giro que llevaba la guerra. Walker propuso la ocupación de la ciudad de Rivas con su partida extranjera, reforzada con tropa auxiliar del país, porque dueño de la ciudad, y reunidos a él los democráticos de aquel Departamento, estaba ya en posesión del istmo y del camino del Tránsito, por donde afluía la corriente de pasajeros de los Estados Unidos a California, y viceversa, entre los cuales hallaría muchos que quisieran quedarse con él, y pronto aumentaría su fuerza para destruir el ejército legitimista.

El General asintió al plan de Walker, porque llenaba una condición estratégica para su evolución por el norte, pues por la llamada de atención por el sur con los yankees, él conseguiría derrotar a Guardiola, en cualquier punto que se encontrase con él, y Walker sería indefectiblemente deshecho en Rivas; y caídos estos dos, y desprestigiados en el ejército, ni Castellón ni Estrada, que eran los jefes de los dos Gobiernos: el democrático y el legitimista, tendrían quien les apoyase para oponerse a la unión de Corral y Muñoz, para gobernar juntos a Nicaragua, haciendo cesar la guerra civil que estaba asolando el país. De este modo se realizaría el proyecto de Chinandega y la República se salvaría de perder su autonomía.

Walker reconoció en Muñoz un rival potente y entendido, y ensayó un medio de disminuir su importancia militar y de aumentar la suya. Al efecto, pidió a Castellón que le diese doscientos hombres de los de Muñoz, y como éste le diese al Gobierno justas razones para no darlos, las cuales consideró Castellón de mucho peso, le ofreció a Walker que daría orden al Gobernador de Chinandega para que allí los tomase y que llevaría jefes y oficiales de los de Muñoz.

En consecuencia, los Coroneles Ramírez y Méndez, con sus oficiales, marcharon a alistar su tropa a Chinandega, yéndose

Walker descontento. Por lo cual Castellón le mandó un comisionado, con dos decretos que debían contentarlo: por el uno le concedía carta de naturaleza y el derecho de ciudadano de Nicaragua; y por el otro le daba el título de Coronel del ejército, nombrándolo Comandante en Jefe de la columna expedicionaria del Departamento de Rivas; y le transcribió el nombramiento de Prefecto del mismo Rivas, hecho en el General Espinosa, quien iba en su compañía, junto con los emigrados rivenses, que estaban en León huyendo de la cadena con que en Granada estaban castigando, conforme una ley de don Fruto, a todo el que no se hubiese presentado a defender la plaza de Granada.

Esta columna así organizada tomaría en el Realejo el bergantín *Vesta*, para ir a desembarcar a Brito, y tomar por sorpresa la ciudad de Rivas, para lo cual cooperaría San Jorge, y otros partidarios, a quienes había mandado emisarios a darles aviso.

El Vice Cónsul inglés, Tomás Manning, mandó a Managua a un alemán para que de palabra informase en su nombre al General Corral de todo, para que dispusiese la defensa de Rivas. El General Corral, sin pérdida de tiempo, mandó un correo al Prefecto con órdenes perentorias de que mandase tropa a impedir el desembarque en Brito, y de reunir gente para defender la plaza, y que concentrase la guarnición de San Juan del Sur con su comandante.

Eran las dos de la madrugada cuando se recibió el correo. Se iluminó la casa, se tocó generala y se dispararon dos cañonazos, para dar la voz de alarma a todos los pueblos del Departamento, pues distan muy poco de la ciudad. Don Evaristo Carazo, don Miguel Cárdenas y otros amigos, estaban con don Eduardo y el autor, al derredor de la mesa, cada cual escribiendo a sus amigos de los pueblos adonde se hicieron salir correos, siendo el primero el que salió para San Juan del Sur, llamando a Argüello, con la guarnición del puerto.

El señor Carazo nos proporcionó un hombre conocedor de las localidades de la costa de Brito. Era valiente, enérgico y entendido, dando cuatro hombres más de los de su servicio, que conocían bien la costa de Brito y sus bosques y vericuetos,

formando el autor, con los datos topográficos que le dieron los hombres, el croquis correspondiente. El capitán Eva con los cuatro vaqueanos y peritos debía marchar con cincuenta hombres, porque él conocía personalmente toda aquella localidad, y se convino en presencia del croquis los puntos en que debían apostarse frente al mar, para que, tan luego divisasen el buque, diesen parte a Eva, para que colocase su gente de modo que pudiese impedir el desembarque, mandando a uno de ellos a dar parte a la ciudad.

Al rato de haber marchado Eva, cayó un aguacero torrencial poniéndose tan oscura la noche que no vio la rama de un árbol que le dió tan gran golpe en un ojo, al Capitán Eva, que le obligó a regresar a la ciudad, a las siete y media de la mañana, dejando la tropa en una hacienda al mando de un oficial. Era éste un contratiempo fatal, debía subsanarse con celeridad, y don Evaristo Carazo, cuyo patriotismo y valor no desmayaba, mandó a buscar a Marcos Cruz, sujeto que, en su concepto, reunía iguales condiciones a las de Eva, y se le allanaron todos los inconvenientes, dándole caballo, montura, espada y dinero.

Marcos Cruz jugaba a las cartas con un oficial, cuando hicieron la primera descarga y lo hicieron prisionero. Las gentes de ese Valle eran democráticas, y debió de haber servido mejor a los invasores que a las tropas del Gobierno. Se le dejó incomunicado; esto dijo un sargento, y a poco vino un soldado que confirmó lo que dijo el sargento. No cabía duda, Walker había desembarcado, estaba en Tola, y probablemente atacaría al amanecer. Se tocó generala y se llamó a los ciudadanos de los pueblos por medio de cañonazos, señal convenida, y se hizo salir un correo montado sobre el camino de San Juan del Sur, hasta topar a Argüello. Antes de amanecer, salió otro correo, llevándole el santo y seña, para que entrara al lado del suroeste.

Amaneció el día 29 de junio de 1855. Todos los soldados de las avanzadas estaban en su puesto, con arma al brazo y vista a la campaña; todas las familias que estaban en sus haciendas de cacao, habían sido reconcentradas a la ciudad, para ponerles a cubierto de algún ultraje del enemigo, como para obligar a los jóvenes a pelear en defensa de las bellas señoritas de Ri-

vas; los semblantes de todos se venían animados; y yo presentía que la acción se ganaría. Pasaban las horas, y el enemigo no se presentaba; los correos por el camino menudeaban, y no aparecía Argüello.

Como a las diez, Francisco Elizondo llegó a la Mayoría, acompañando al joven Cerda, hermano de su novia, manifestándome que le habían quitado su magnífico caballo. Era de los ricos, y pretendía que se le devolviese; el caballo se necesitaba con urgencia para ir a activar la marcha de la fuerza de Argüello, y el autor no podía acceder a la demanda del amigo. Entonces el joven se ofreció a desempeñar personalmente la comisión; había que condescender, pero advirtiéndole que desde aquel momento él era militar como todos, que el enemigo estaba al frente, y que si él faltaba al cumplimiento de su deber lo fusilaría.

La enérgica actitud del Mayor, dió al semblante de los presentes un tono de aprobación, y despechado el joven Elizondo, dijo: que él era valiente, y que lo probaría en la próxima lucha; y en efecto, no tardó mucho en presentarse la ocasión de cumplir su palabra el fogoso joven. La voz de alarma; ¡el enemigo!, resonó en la avanzada del ángulo noroeste de la ciudad, cerca de la cual vivía el Mayor en la hacienda Santa Ursula, en donde lo acababan de despertar para el almuerzo, porque el desvelo de la noche anterior lo tenía con sueño y se había dormido. Al oír el alarma, montó en su caballo y llegó velozmente a la avanzada.

En efecto, de dicho lugar se divisaba en línea recta un grupo de soldados enemigos, llamando la atención, para que los que venían por su flanco derecho los arrollasen por sorpresa. El Mayor, montado, estaba más alto, y pudo observar que dentro de la zanja de la cerca de la hacienda Santa Ursula venían agazajados unos doce yankees; sus fusiles no tenían bayonetas, lo hice notar a los de la avanzada, di orden de hacer fuego, y volviendo bridas, corrí veloz hasta el recinto preparado para la defensa. Al dar vuelta para el cuartel me encontré con el patriota Coronel Estanislao Argüello, que había pasado por el cuartel sin entrar. Yo le hablé de que los fusiles de los yankees

no tenían bayoneta, como si fuera esto una ventaja para nosotros; invitándolo para que fuéramos a matarlos.

El valiente Coronel regresó conmigo, diciendo: ¡una guerrilla!, a cuya frase acompañó una palabra soez; entramos rápidos por los corredores interiores del cuartel, mandando formar a todo el mundo; se organizaron guerrillas, de las cuales tomó una el Coronel Argüello, y Francisco Elizondo, que llegó tras de nosotros, otra. Les tracé el itinerario que debían llevar para encontrar y batir al enemigo, y partieron impertérritos.

El Prefecto Castillo, cuando salí del cuartel, con otro oficial y su guerrilla que destiné para la línea de fuego, y cubrir o apoyar a Elizondo, estaba arengando a unos patriotas frente a la casa del señor Cárdenas. Se fué donde mí, y nos cambiamos impresiones, y continué a inspeccionar los fuegos de las guerrillas; y en la esquina de la casa del señor Hurtado, me volví a encontrar con el valiente *mostacilla*, así se le decía a Argüello por cariño. Ya no me habló, venía casi muerto, y eruido, se agarraba con las manos del tejuel de su silla; lo endosé a don Eduardo, y continué.

Cuando yo atravesaba una calle, me habló con las manos don Eduardo, parado sobre la trinchera del cuartel, volé rápido hacia él, y me dijo: que ya estaba en la entrada la fuerza de San Juan del Sur, que la ocupara. Al encontrarme con Argüello y sus oficiales les hice girar por la izquierda, yéndome con ellos por el lado de San Francisco, indicándoles la necesidad de situar la fuerza por donde el Padre Salvatierra, y en ese momento se oyeron vociferaciones diciendo: ¡Rivenses fustanudos, aquí está Méndez!

El Capitán Dionisio Porras, de Managua, cruzó una frazada roja y se arrojó con su tropa sobre el vociferante, quien no resistió su empuje, girando por su derecha camino del Paraíso, para volver.

Walker con sus aventureros penetró en línea recta en la calle Ronda, dos cuadras hacia el este, y se encerró en la casa del señor Espinosa, y se hizo fuerte, causando muchas bajas en los defensores de la ciudad, que hacían muchos esfuerzos por quitarlos de esa casa.

El autor había observado que el Capitán Argüello se había situado en las paredes de una esquina en construcción al frente de la casa del Padre Salvatierra, y cuando abandonó aquel recinto, había dejado una avanzada en el patio interior de la casa de Santa Ursula, para evitar una sorpresa del enemigo, que se podía venir por dentro de la hacienda de cacao, que es limítrofe con los madreos de la del señor Espinosa; marché sobre la calle hasta la esquina que ocupaba Argüello; se hallaba éste montado, y con la pierna subida sobre el tejuel de su silla; estábamos a doce o dieciséis metros de San Ursula, y me informó que el enemigo la atacó por dentro del lado de la casa de Espinosa, y que Francisco Leal había muerto en la avanzada, pero que a su vez había matado a su agresor; que los cadáveres que se divisaban en la grada de la puerta verde, cerca de donde estaba el enemigo, eran los del joven Francisco Elizondo, y el sargento.

Quise combinar con Argüello una carga a la casa, pero él, poniéndose el dedo índice en su entrecejo, me dijo: «Yo pienso con lentitud y ejecuto con rapidez, es máxima de Napoleón». Visto era que Argüello no abandonaría aquellas paredes, y me fui a otra parte.

En el ángulo noreste de la ciudad había una avanzada, para que vigilase si los forajidos aparecían por ese rumbo, y fui a inspeccionarla. Allí me encontré con el Coronel Borque, quien al verme, me dijo: «Nadie se ha aparecido de San Jorge, no tenga cuidado, aquí estoy yo». Este Coronel me pareció otro tipo como el Capitán Argüello.

La casa que ocupaba Walker era la última de la manzana con casas; la siguiente al este, era larga, desierta, sin casas ni cercas, cubierta de yerbas y árboles de higuera, al término de la cual, había una tapia de adobes, con unas troneras bajas, que yo conocía bien; y tomé cuatro soldados y un cabo y los llevé. Al llegar a la esquina que debía atravesar, me encontré con que don Evaristo Carazo, Chamorro, Gottel y otros amigos estaban allí, cubiertos con las paredes de la esquina; les dije mi objeto y me atravesé rápido cubriendo a los soldados con mi caballo. Los coloqué en las troneras, de las cuales comenzaron a hacer fuego; al regresar, Carazo y los otros amigos me

advirtieron con interés el peligro, y que me atravesara corriendo; así lo hice, pero fijándome mucho hacia el punto de donde me hicieron los disparos de las balas, pues pasaron silbando: dos brazos desnudos habían salido por la ventana de la casa de Cubero, que estaba al frente de la que ocupaban los yankees.

No cabía duda, aquellos eran cazadores que nos habían asesinado a tantos hombres. Se lo expliqué a aquellos amigos y estuvimos de acuerdo en que se les debía quitar la casa a todo trance, porque sin esa atalaya no se podrían sostener en la casa de Espinosa, porque de allí se les atacaría de flanco, y de las claraboyas de la tapia, de frente, dejándoles libre el otro flanco; para quitarnos de encima los rifles de precisión y los cazadores, nos vinimos todos para donde don Eduardo, quien estando de acuerdo nos acompañó al lugar por donde debía darse el asalto de la casa de Cubero.

Se peleaba bajo la lluvia; el terreno del intermedio que dividía las calles en que estaba la casa de Espinosa de la en que estábamos era quebrado, de manera que no nos veíamos los unos a los otros, estando fuera de la visual de los cazadores. Para la operación bastaban seis hombres de tropa, comandados por un oficial brioso y resuelto: se presentó un joven Castillo, sobrino de don Eduardo, pero pareció conveniente llamarles la atención por el occidente, al tiempo del asalto, y se le mandó un ayudante al Capitán Argüello con este objeto; pero el ayudante lo halló aun pensando en su máxima de Napoleón; y el joven Castillo, entendido de las instrucciones del caso, partió cubierto por la vegetación, hasta unas cinco varas distante del corredor de la casa; les hicieron una descarga de fusilería y ellos huyeron, dando nuestra tropa un viva atronador, viva que se repitió en todos los puestos ocupados por los nuestros en la ciudad y se reforzó con más tropa la casa de Cubero.

La atalaya estaba en nuestro poder y Walker perdido. Una lanza con una manta amarrada cerca de un extremo que el joven Mongalo, entrando por dentro del corredor de la casa vecina de la que ocupaban los aventureros, prendió empapaña en petróleo, incendió las soleras y las cañas del techo, pasándose las llamas a la casa de Espinosa, que pronto quedó toda ardiendo, y los filibusteros la abandonaron, huyendo por el lado

noreste; y los vencedores los persiguieron hasta el cerco de alambre de una hacienda de cacao inmediata.

Al grito de ¡victoria! ocurrió todo el mundo a la casa de Espinosa; se agrupaba mucha gente en torno de un objeto que se disputaban varios. Al acercarse el autor al grupo, se encontró con el objetivo de la disputa: era una caja barnizada que pesaba mucho, y suponían que contuviera plata u oro; pero habiéndola roto por una esquina con una cutacha vieron que estaba llena de paquetes de tiros de rifle; me la mostraron, y la hice conducir a mi oficina de la Mayoría, junto con una valija o papelera que tenía la marca de William Walker y que también habían roto los soldados.

Con don Eduardo, don Evaristo y otros amigos, examiné el contenido de la papelera: los objetos más importantes eran los documentos siguientes, y que leímos en voz alta: 1º, el contrato que Byron Cole había celebrado con don Pablo Carbajal, representante del Gobierno provisorio de la revolución de Nicaragua, fué firmada en Nacaome el 2 de diciembre de 1854, adonde Castellón había mandado a Carbajal, por insinuación del General Cabañas, Presidente de Honduras. Cosa especial, Cabañas había mandado en auxilio de Castellón al General Antonio Ruiz, con una columna bien equipada, la cual fué derrotada en Jinotega, el mismo día 2 de diciembre en que se firmó dicho contrato en Nacaome; ;coincidencia!; 2º, el traspaso del contrato a Walker; 3º, la nota rara de Castellón, contestando el aviso del arribo de éste al Realejo en el bergantín *Vesta*, y llamándole que pasase a León; 4º, un decreto concediéndole la ciudadanía de Nicaragua; 5º, otro decreto nombrándole Coronel del ejército de Nicaragua y primer jefe de la columna democrática expedicionaria por el Departamento de Rivas; 6º, una nota en que le transcribe el decreto, por el cual nombra al General Espinosa, Prefecto y Gobernador del Departamento meridional, con facultades del Ejecutivo en materia de hacienda y guerra; y 7º, un talonario de los títulos de propiedad de sesenta caballerías de tierra en el lugar que escogieran para formar una colonia. De estos talonarios tomó el autor unos ejemplares y los mandó a sus hermanos y algunos amigos de Masaya, para que los conservaran como recuerdo de la acción ganada

por los nicaragüenses a los filibusteros de William Walker el 29 de junio de 1855.

Hubo en esta acción algunos episodios que, aunque se refirieran a hechos personales, contienen rasgos que sirven para el esbozo de algunas fisonomías de esa época y deben ser referidos. William Walker no portaba su espada al cinto, ésta la llevaba su ayudante, a quien en la carrera se le pegaron las cadenas que le servían de tiro en las púas del alambre con que estaba cercada la hacienda por donde iban huyendo, y la recogió el sargento Sandoval que iba persiguiéndolos.

El sargento se presentó a la Mayoría demandando al Coronel Borque, porque le había quitado la espada alegando derecho a ella, porque siendo Walker Coronel, y Borque también Coronel, a él le correspondía. El autor hizo venir la espada a su oficina, la vaina era de acero y tenía grabado el nombre de William Walker en metal amarillo; la faja tenía galón del mismo color, y los tiros eran de metal galvanizado, dando a todo el color de oro.

Los soldados que acompañaron al sargento Sandoval en la persecución de los filibusteros fueron testigos presenciales del hecho, y con ellos probó Sandoval su aserto. La justicia estaba clara y el Mayor se dispuso a fallar que Borque diese la espada a Sandoval, pero quise ponerme de acuerdo con el Gobernador Militar, Eduardo Castillo; se habló con él, y estuvo de acuerdo; pero observando que Borque había dado sus servicios a la causa que defendíamos no siendo del país, él creía que debíamos hacer una transacción, por la cual Borque diera su espada a Sandoval, y éste cediera, recibiendo en compensación diez pesos, de los cuales el Gobernador daba seis y el mayor cuatro; y así se hizo, convenciendo a Sandoval de que las cadenas no eran de oro, sino de metal, y ambos quedaron contentos. Borque se fué con Argüello a Granada donde contaba que él había matado a Walker brazo a brazo y le había quitado la espada; y mostraba a todos el nombre William Walker grabado en la vaina con metal amarillo, y que él decía ser de oro. En la charla no le iba en zaga el Capitán Argüello, refiriendo que todos los muertos nuestros habían recibido los balazos en los ojos y en la cabeza, ponderando la puntería de los yankees, lo cual au-

mentaba el peligro que había arrostrado por adquirir la victoria que él se atribuía en primer término; ambos obtuvieron ascensos: Borque de Coronel efectivo, Argüello el de Teniente Coronel.

Otro episodio: don Juan Ruiz, hombre de edad avanzada, y más legitimista que un Chamorro, había llegado como delegado del Ejecutivo; y aunque no salió de su casa, estaba sabiendo todo lo que acontecía. A él, pues, le presentaron un joven alviejano, de los que llegaron con Walker, y lo había mandado fusilar, *sin más trámite que la pronta ejecución*, según lo prevenido por el decreto de 2 de mayo de 1854, dado por don Fruto. El autor cruzaba montado, por las calles, para inspeccionar la línea de fuego, y en una de tantas veces que pasó por la casa del delegado del Ejecutivo, estaba su yerno Clemente Santos en la calle, y manifestó que don Juan quería hablar con el Mayor, a lo cual se mostró anuente; y don Juan desde el interior de su zaguán me invitó que entrase montado, y luego entré; me desmonté y me dió asiento cerca de la mesa de comer. El delegado me manifestó que sabía que sin cesar estaba en movimiento; que por los informes que le daba del estado de la acción, era de opinión que descansase un rato en su casa; que como a esa hora debía de estar sin tomar alimento, su familia me tenía preparado un chocolate con bizcochos, que me ofrecía. Extraño parecía aquel agasajo y algo especial debía de significar. Acepté, y él y sus hijos me hacían los honores de la mesa; don Juan tenía la palabra, me refirió lo del avanzado de las fuerzas occidentales que venían con el filibustero Walker, y que el decreto de 4 de mayo prevenía que se fusilase al que se tomase con arma en mano contra el Gobierno, y que quería oír mi opinión. Yo le manifesté que las leyes se dan para que se cumplan.

Cuando supe después que el avanzado ya había sido ultimado antes que don Juan me hablara del asunto, recordé lo que el indio de Jinotega había hecho con una india legitimista, obligándola a moler veinte medios de maíz para pinol de los democráticos. Le preguntó al General hondureño Antonio Ruiz, si hacía bien. Y lo del comandante de la Concordia, que había obligado a cintarazos a sus soldados para que disparasen sus

fusiles sobre el famoso bandido Ubeda, hasta dejarlo muerto, y que llegó a una finca donde pernoctamos con la fuerza, a preguntar al jefe, Tomás Martínez, si estaba bien fusilado. El tipo de Rivas era parecido al tipo de aquellos rudos segovianos, aunque el de la ciudad era un hombre culto; trayendo a mi ánimo la convicción de que en tiempo de guerra civil, se perverte el sentido moral de la humanidad, que casi nivela las condiciones sociales la pasión política.

William Walker había dado orden al Capitán del buque *Vesta*, que fuese a andar en el puerto de San Juan del Sur; y derrotado llegó a este puerto, y se reembarcó con el resto de su tropa, que había incendiado el edificio de la aduana; y se dijo que en alta mar había fusilado al autor del incendio.

Cuando regresó al Realejo, se mostró colérico, atribuyendo su derrota al cuerpo de los soldados del país, que el General Muñoz le había dado para la expedición de Rivas.

A los pocos días del regreso de Walker a Chinandega, tuvo lugar la trascendental batalla del Sauce, que ganó a Guardiola el General Muñoz; pero perdió éste la vida por un balazo, que según varios datos, recibió por detrás; y esta circunstancia hace creer que fué asesinado por alguien que mandó cometer el crimen; la opinión varió mucho acerca de quién había mandado al asesino.

¿A quién estorbaba Muñoz? ¿Quién era el que se exhibía más enojado con él? Muñoz era en realidad un obstáculo, y gran obstáculo para Walker. Era Muñoz el militar más capaz en todo sentido, para oponerse con éxito a la realización, de sus vastos planes de dominación absoluta de Nicaragua y Centro América. No está, pues, fuera de la lógica la opinión de que Muñoz sucumbió en el Cauce al golpe de una venganza, hija de la derrota de Rivas, de la rivalidad y de la ambición filibustera, recién importada de California en el *Vesta*.

Muñoz estaba seguro de derrotar a Guardiola, así como esperaba que Walker sería también derrotado; y pensaba contramarchar después de su victoria, comunicarla a Managua y llegar sin perder tiempo a unirse con el General Corral, y formar los dos un solo Gobierno, conforme el proyecto de Chinandega, y hacer cesar en el país la sangrienta guerra que estaba

arruinando a Nicaragua; pero, por desgracia, la muerte de Muñoz frustró los filantrópicos propósitos, la ansiada esperanza del patriotismo.

Las evoluciones militares del General Guardiola, por Segovia, obedecían a un plan político que debía alentar a los cachurecos hondureños en sus trabajos electorales. En Guatemala apoyaban su candidatura para reemplazar con él al Presidente Cabañas. Por esta razón Guardiola invadió el territorio de Honduras, fortificándose en el Corpus, y se puso en comunicación con sus partidarios, y abandonó las trincheras dejando agitada la revolución en aquel Estado.

Comprendía Muñoz los pensamientos de su adversario, y calculó que Guardiola, al regresar al territorio de Nicaragua, podía darle un golpe trayéndole a combatir en un terreno ventajoso, y se situó en el Cauce, en donde fué atacado librándose la batalla que perdió Guardiola, quedando vencedores los democráticos y muerto su jefe.

El General Muñoz recibió el balazo al terminar la acción, y sus ayudantes lo sacaron del Sauce, sin que la tropa se apercibiese de nada; caminaron rumbo a León, hasta llegar al Guacucal, en donde murió. La funesta noticia de tan costosa victoria llegó a la Metrópoli pocas horas antes de que el cañón anunciase la infausta nueva de que el cadáver del héroe se acercaba.

Todo León se había conmovido, y se agolpaba a la calle por donde debía de entrar, llevando en sus manos coronas y laureles. En el comercio y en las regiones oficiales se preparaba el ataúd ornamentado con lujo militar. Sus ayudantes, sus discípulos, sus veteranos, sostenían en alto, entre sus manos, los caros restos. El ataúd fué llevado al camino, antes de entrar a la ciudad; urgía llegar porque el cuerpo comenzaba a ponerse en estado de corrupción; y el cortejo fúnebre, cada vez más grande, continuó hasta el cementerio.

El desfile pausado y majestuoso, al atravesar las calles, pasaba sobre las flores que de las ventanas de las casas arrojaban las señoritas a su paso. El pabellón nacional de seda y bordado de oro, con un listón negro, iba desplegado al lado del héroe, que, en las sangrientas guerras, lo había sacado vencedor. El

cañón no cesaba de retumbar, anunciando que pasaban por la ciudad los restos del soldado ilustre, pacificador de occidente, setentrión y mediodía; del diplomático, del estadista que en San Juan de Limay había señalado nuevo rumbo a la política del Gobierno, para que hiciese perdurar la paz que él había restablecido con su espada, rompiendo las cadenas que arrastraban lejos de sus hogares los desheredados de la fortuna; el táctico, en fin, que en su escuela militar formó jefes, oficiales y soldados, que dieron brillo, lustre y honor a la noble carrera de las armas, y que después de sus días han prestado servicios importantes.

Por tales perfiles que trazan la elevada estatura política, social y militar del General Tomás Muñoz, una masa compacta de gente le acompañó hasta su última morada; formando sobre su fosa una pirámide de coronas y laureles, homenaje merecido al invicto, regresando todos conmovidos y tristes.

Perdida para los democráticos la acción de Rivas, por la derrota de Walker, y ganada la del Sauce por la derrota de Guardiola, quedaba restablecido el fiel de la balanza de la guerra entre los contendientes; pero los democráticos creyeron que su condición después del Sauce era mejor; y como un alarde, mandaron a merodear entre Managua y Granada, a Gaitán, indito de Masaya, caudillo del «Palo Blanco», que contaba con prosélitos entre los de su casta.

Gaitán, en Masaya, supo que de Managua iba a pasar una escolta para Granada, y se emboscó en el camino de Nindirí, cayó de sorpresa sobre ellos, y fusiló al oficial Castillo, porque se les dispersó la escolta. Envalentonado con esta hazaña, se ocultó en el camino de Tipitapa y asaltó a un carguero del Padre Bolaños, le mató por Chamorrista. Como la autoridad de Masaya no desplegó actividad ni energía, el audaz demócrata se metió en la ciudad, de noche, y tomó el cuartel del ángulo suroeste de la plaza.

El soldado del cuartel, que no fraternizó con los de Gaitán, huyó despavorido; y Daniel Cuadra, el jefe, se salvó en el aljibe del solar; con el agua hasta el cuello. Gaitán puso centinelas avanzadas, con la consigna de requerir al que apareciese por las calles, y la orden de dejar entrar al que fuera indio y

«*si es mulato dente viaje*», modismo entre ellos que expresaba fatídicamente: *mátenlo*, y así lo hicieron. Telesforo Blanco, por el lado sur, y Domingo Valenzuela, por el este, al oír los disparos de fusiles ocurrieron al cuartel, los centinelas les dieron la voz de avance y al llegar los ultimaron.

Transcurrieron los instantes en que se consumaron estos hechos atroces hasta que, por fin, pasado el pánico de aquel negro siniestro, el viejecito Nicolás Castillo, guardián del almacén de tabaco que estaba tres cuadras distante del cuartel tomado, se presentó con su pequeño resguardo, y el Coronel Lino César con otros amigos marchó al abrigo de la Parroquia, y desde la sacristía mandó hacer una descarga, dando vivas al Gobierno, y Gaitán huyó.

Dormido en una huerta fué denunciado Gaitán, que al despertar se halló prisionero; y conducido a la plaza, fué ajusticiado, terminando así la triste misión que los democráticos confiaron a un individuo que adquirió la funesta celebridad de aquella época por las víctimas que espantaron al vecindario de Masaya que presencié aquellas escenas sombrías y sangrientas.

Hay que narrar lo que por aquellos mismos días pasaba por occidente, con relación a la segunda correría de Walker por el itsmo. Aunque con el asesinato del General Muñoz en la acción del Sauce parecía allanado el camino, pero habiendo muerto del cólera morbo el Licenciado Castellón, su sucesor en el Gobierno provisorio, don Narciso Escoto, le presentaba muchos inconvenientes para su regreso a Rivas, lo cual no desalentó a aquel audaz aventurero, y abandonó a León resuelto a obrar por sí, con la esperanza de que teniendo a los enemigos en Managua, se verían embarazados a obrar con las armas contra él.

En Chinandega pudo, con sagacidad, atraerse al General José María Valle (*Chelón*), que era empleado político y militar, quien se comprometió en la temeraria empresa piratesca y mandó reclutar gente para la nueva invasión al Departamento de Rivas.

La palabra dificultad no se halla en el léxico de ningún aventurero. Valle daba la tropa; pero no había pólvora ni plomo para municionarla. Sólo hay en el almacén de Foster y Manning, pero es Vice Cónsul de Inglaterra. No importa; allá van

los yanquis de Walter con sus rifles y los extrajeron del almacén; un Cónsul no puede ser comerciante.

El bergantín *Vesta* no saldrá del Realejo por falta de tripulación; a los marineros no se les había pagado su sueldo de tres meses; y la autoridad cobra los derechos de puerto no pagados, y Walker se conviene con el Capitán del *Vesta* en ser demandado. Establecido el juicio, recae sentencia de pago perentorio; se llega a la ejecutoria, y el bergantín *Vesta* es embargado.

Mc Nab y Tumbull eran amigos de Walker y de los sesenta falanginos que vinieron con él, de California, y que ostensiblemente se separaron de él, para hacer postura por el *Vesta*, el cual se puso en pública subasta y se remató en los referidos Mc Nab y Tumbull, por las dos terceras partes, quedando ellos dueños del bergantín. Walker era abogado, y esta condición le sirvió para salirse con la suya en esta aventura abogacil, para demostrar que el licurgo es planta exótica en todas las zonas y en todos los climas.

Walker se arregló con los dueños del bergantín, y ya tuvo en qué embarcar la tropa de la segunda expedición a Rivas. Estos tres hechos son las primeras líneas con que el filibustero dió en Nicaragua toques más subidos al esbozo de su fisonomía terrífica de audaz bandolero, que auguraba un futuro de desgracia para los nicaragüenses, endenegados en sus pasiones políticas.

Walker conocía perfectamente todos los detalles de los sucesos políticos y militares que ponían a los democráticos en una situación embarazosa para no poderle contener en sus desmanes, teniendo en Masaya a sus adversarios; y de allí ese desdén por las autoridades, haciéndolo todo a su antojo; y el orgulloso filibustero zarpó del Realejo llevando como segundo jefe al General Valle, que ejercía sus influencias en la tropa del país, y dió sus órdenes para que el bergantín *Vesta* dirigiese su proa hacia las playas del Departamento meridional.

En este Departamento había sido derrotado Walker, cuando vino con su primera expedición; pero no terminó todo con su derrota por las consecuencias que se siguieron de ella. Se persiguió a los rivenses que vinieron con él, según los documentos que se

encontraron en su valija, que se le avanzó, y que se sabía que habían quedado en tierra, porque no se habían embarcado con él.

Algunos días después cayeron prisioneros en manos de don Juan Ruiz, delegado del Ejecutivo en el Departamento, Peinado, propietario de Rivas, y un joven llamado el peruano, bien conceptuado en la sociedad; fueron condenados a muerte conforme al decreto de don Fruto. Vanos fueron los esfuerzos que se hicieron por salvarles la vida. El filántropo don Evaristo Carazo, don Eduardo Castillo y el autor le dimos carta de recomendación para los hombres de Granada que disponían de la situación y la madre recibió las cartas y las mandó con un correo bien pagado que fuese y volviese en tres días, en los cuales se demoró cuanto se pudo dar soldados para la ejecución; pero, desgraciadamente, el correo se embriagó en el camino, le cayó un fuerte aguacero, en el suelo donde lo postró el alcohol, y regresó con las cartas enlodadas; y las víctimas subieron al cadalso. Allí permanecieron, hasta que el autor regresó con don Eduardo de San Jorge y se le dieron soldados para alzar los cadáveres, y las familias los velaron en San Francisco, para llevarlos al cementerio y darles sepultura.

Pasadas estas lúgubres escenas, don Eduardo solicitó permiso para retirarse temporalmente a Granada, y el Gobierno dispuso que el autor quedase mientras tanto en su lugar; y el 12 de julio se hizo cargo de la Prefectura y Gobernación Militar del Departamento, y por su primer orden del día, nombró Mayor al Capitán Joaquín Elizondo. La sociedad de Rivas, que había presenciado los comportamientos del autor en el tiempo del Coronel Ubáu y de don Eduardo, se mostró satisfecha.

Los partidarios del legitimismo estaban divididos en dos fracciones: la de los fiebres y exaltados e intransigentes, con don Juan Ruiz a la cabeza, y la de los moderados y accesibles, que reconocían como jefe a don Evaristo Carazo; pero no es ésta la mayor dificultad que se nos presentó desde Ubáu, sino la disposición del Gobierno, que había decretado que todos los rivenses, fuesen o no legitimistas, que no se habían presentado al Gobierno, fuesen castigados con multa o presidio; y como casi todos habían emigrado a la Otrabanda, territorio de la

vecina República de Costa Rica, dejando sus haciendas de cacao, el Gobierno mandó una lista grande señalando a cada una la gruesa suma de dinero que debían pagar por multa o por mensualidades de contribución que en Granada les habían detallado, debiendo la Administración de Rentas tomar en anticresis las haciendas para pagarse con las cosechas.

La dureza y severidad de esta disposición gubernativa se había cumplido de manera suave que apoyaba Carazo y su círculo moderado, dejando los mayordomos o agentes de las haciendas que cumplían con lealtad la entrega semanal del rendimiento, del cual se les dejaba lo necesario para el pago de los operarios y una cosa racional para los gastos de las familias de los propietarios; conducta que nos captó buen concepto entre los moderados y no muy bueno entre los fiebres.

Buen concepto, que valió una acogida lisonjera al Prefecto, interino, por lo cual no tuvo inconvenientes en su precaria administración departamental.

La familia de don José María Hurtado pidió la lista de los heridos del 29, que había en el hospital, y conforme esta lista llegó a ese asilo de la desgracia, a repartir una sábana de manta de la china a cada uno de los heridos, a quienes les mandó algunos días ollas de atole y otros alimentos; y el señor Hurtado, cuando supo que había noticias de que Walker se alistaba para volver a Rivas, se presentó al despacho y expresó su resolución de cooperar en la defensa, insinuando la idea de que reclutara soldados y los pagara con puntualidad, ofreciendo prestar al Gobierno el dinero que se necesitaba, cuya patriótica oferta fué aceptada sin vacilar.

El señor Hurtado pertenecía a la opinión democrática, pero no por eso el autor puso en duda su patriotismo, y en efecto, una hora después, don Alvaro, persona de su casa, se presentó a la oficina con un saco de dinero conteniendo quinientos pesos con este mote: 500 dólares. J. M. H., el cual fué remitido con el mismo conductor al Administrador de Rentas con un oficio del Prefecto, para que diese el recibo correspondiente, ordenándole pusiese en el libro la partida, anotándolos a suplémentos voluntarios, y que con éstos pagase los presupuestos

de la tropa mientras había lo suficiente con los productos de las haciendas de cacao en anticresis.

No tardó don Hilario, que era el nombre del Administrador, en llegar a la Prefectura y manifestó que ya había en caja más de quince mil pesos, producto del cacao, que los tenía aparte del producto de la renta ordinaria, con que se podían hacer los gastos de la guerra; respondiendo a la pregunta, dijo que la cantidad prestada por el señor Hurtado ascendía a cuatro mil pesos. Entonces se le dió orden de que pagase al señor Hurtado dicha cantidad, asentando la partida explicativa correspondiente.

Sabedores los fiebres del pago a Hurtado, manifestaron su enojo, haciéndolo ostensible la cuenta que pasó el yerno de don Juan Ruiz, de cinco pesos, valor de cuatro botellas de aceite alcanforado que había dado al hospital de sangre para la curación de los heridos; en aquel tiempo ocupaban esto los cirujanos. Se requisitó el recibo y fué pagado en la Administración.

Por este tiempo recibió el Gobernador Militar comunicación del comandante de San Juan del Sur, remitiendo a un yankee que había arribado con los pasajeros que venían de California, a quien se le acusaba de pertenecer a los aventureros compañeros de Walker, según el recorte de un periódico de San Francisco que me mandaron. French era su nombre; alto de estatura y de facciones finas, con un vestido irreprochable, sus maneras correctas eran las de un hombre culto y civilizado; tenía, sin embargo, una deformidad: carecía de un brazo, y esto le ocasionaba un balanceo irregular en el cuerpo al andar y le acompañaba un negro alto y robusto que traía a su servicio.

French hablaba español lo necesario para hacerse entender. Le hice cargos con lo que el *World* decía en sus columnas respecto de su viaje a Nicaragua, a inmiscuirse en sus asuntos, junto con William Walker, y él explicó que aquello era efecto de rivalidad periodística porque él colaboraba en el *Sun*, y mandó a su criado que trajese el *Sun*, enseñándome un suelto que hablaba de su viaje en un sentido contrario a lo que decía el *World*.

Le señalé una de las piezas de la casa del despacho para habitación precaria. El ayudante Argüello Feria, pagado de la

sagacidad y bellas formas, su color y su indumentaria, me habló de que le permitiera salir con él a proporcionarle alimentos y fué obsequiado en su generoso deseo. Mientras tanto, el autor escribía largas cartas a Granada, adonde dispuso mandarlo el Gobierno, participándole al Mayor C. Fulgencio Vega y al Presidente Estrada sus impresiones sobre el particular y muy especialmente al referirles que French había estado con Argüello Feria, Elizondo y otros a visitar el lugar que había servido de teatro a la guerra del 29 de julio, en donde estaban los huesos quemados de los yankees que habían muerto en la lucha, diciéndole por broma que entre los muertos quemados estaba Walker, y él dijo que él lo iba a reconocer por la calavera; que había removido con la punta del paraguas todos los cráneos, señaló uno y dijo: «Este es, lástima; Walker no debió morir así, porque la muerte de bala es una muerte honorable, y Walker debía de haber muerto ahorcado».

Referí este detalle en las cartas, por decirles que French era muy peligroso, pues él sabía, como nosotros, que Walker estaba vivo por el lado de León.

Cuando French llegó a Granada con el ayudante Argüello Feria, éste lo recomendó muy bien, y como él charlaba de lo lindo, se abrió brecha entre los granadinos. Supo que no tenían pólvora fina y él manifestó que en New Orleans había una casa en donde había una fábrica; y que él había sido empleado en dicha casa y la conseguiría barata. Fué creído; y el Gobierno nombró a don Narciso Espinosa, y con él hizo el contrato y pudo de este astuto modo salir de Granada para New Orleans, vía San Juan del Norte, de donde se fué embarcado para Colón, para atravesar por el ferrocarril al Pacífico e irse a buscar a Walker. Este filibustero, por León, tenía de favorable la supresión del obstáculo de Muñoz porque había muerto en el Sauce; pero tenía de desfavorable el cambio del personal del Gobierno provisorio por la enfermedad y muerte de Castellón, y el que le había sucedido era don Narciso Escoto, que le ponía inconvenientes para la segunda excursión a Rivas; sin embargo, Walker no cedía en su tenaz propósito, y como tenía el nombramiento de Comandante en Jefe de la expedición a Rivas, se marchó para Chinandega a preparar la tropa, para lo cual

contaba con el General José María Valle (el *Chelón*) a quien había logrado atraer para dicha empresa.

El General Valle era empleado político y militar de Chinandega y ciudades adyacentes e hizo la recluta de gente para la expedición; y faltaba la pólvora: sólo la había en el almacén de Mr. Manning; pero Manning era Vice Cónsul de la poderosa nación inglesa. Walker manda una escolta de sus extranjeros armados de rifles y extraen toda la pólvora. El Vice Cónsul no puede ser comerciante, sus inmunidades diplomáticas no alcanzan a sus mercancías. La instrucción de Walker le daba audacia.

Otra dificultad más grande se le presentaba: la tripulación del *Vesta*, su capitán y demás empleados, se niegan a continuar a su servicio porque se les debe su sueldo de cuatro meses, y el buque no podía salir del puerto; y el capitán del Realejo cobraba también los derechos de puerto que tampoco se habían pagado.

Walker, con su voluntad insistente de aventurero, quería volver a otra correría por el istmo; era abogado, y echó mano de sus astucias de curial, y convino con el Capitán en dejarse demandar por los derechos de puerto. La demanda se tramitó conforme las leyes y se terminó por una transacción en virtud de la cual, el buque se vendería en subasta pública.

Mac Nab y Trumbull eran de los amigos de Walker pertenecientes a los sesenta falanginos que había traído de California, y aportaban algunos fondos en giros descontables. Fingieron desacuerdo con el caudillo y se separaron de la pandilla de aventureros para presentarse como postores en la subasta, la cual se llevó a término rematándose por las dos terceras partes de su valor en los únicos postores Mac Nab y Trumbull, quedando éstos dueños del buque; y satisfechas todas las deudas, no hubo dificultad para el zarpe del *Vesta* en cualquier día.

Las tropas del país, al mando del General Valle, y las tropas extranjeras al de Walker; éste como primer jefe y aquél como segundo, se embarcaron en el *Vesta*, ya con el beneplácito de sus nuevos propietarios.

De todas estas evoluciones se tenía conocimiento, y el Ge-

neral Corral dió a Rivas la voz de alerta y el Gobernador se puso en guardia, fortificando las cuadras occidentales de la plaza y tres de sur a norte que tenían casas de fuerte construcción para la ciudad. Se estableció el servicio de espías con el concurso del conocimiento práctico de don Evaristo Carazo.

Todos los asuntos de la política y de la guerra marchaban con regularidad y orden, y sin los amagos que se preparaban en occidente, se habría pensado que estábamos en paz, cuando llegaron de Granada dos compañías de setenta y cinco plazas cada una, con los Capitanes Lorenzo Artilles, leonés, y Víctor Cuadra, de Chontales; y los oficiales de Granada y otros pueblos, lo mismo que la tropa, la cual era en su mayor parte granadina, comandando a las dos compañías el Coronel Benard, hijo de padres franceses al servicio de Mr. Pedro Rohau, y cuya juventud la había pasado entendiéndose con los marineros que manejaban las piraguas que servían al comercio del lago y río de San Juan, hasta el puerto de este nombre, que era un buen negocio, dado el activo movimiento comercial de Granada en ese tiempo.

Esta ruda y laboriosa ocupación de sus primeros años comunicó a Benard ese carácter hosco y tratamiento agreste que le distinguía; él era hermano de la esposa de don Diosinio Chamorro y de la esposa de don Rosario Vivas, entronques que le valían una posición alta, como alta fué la de don Fruto Chamorro, con lo cual él creía que no podía conceder la superioridad del jefe del Departamento, de manera que cuando fué llamado para el servicio se presentó con semblante acre y haciendo alarde de desprecio e insubordinación. Antes que estallase su cólera, que ya se dibujaba en su semblante, se debía evitar el contagio en los subalternos, propensos, por lo regular, al relajamiento de la disciplina militar, y que no se pervirtiese la moral del ejército. Sin perder la calma le dije: «Coronel Benard, no más palabras, queda usted preso bajo su palabra de honor aquí en esta oficina». Los escribientes y demás empleados guardaron bajo llave los recados del despacho, dejando solo y reflexivo al Coronel Benard.

Antes de un desborde de insubordinación en la columna que había venido de Granada, del cual ya se advertían síntomas, era

preciso poner un dique, comenzando por la cabeza; en consecuencia, el Mayor Elizondo recibió orden de seguir una información testifical sobre el suceso del Coronel Benard, con tal actividad, que a las ocho de la noche, debía de estar concluida y entregada en la oficina.

Doscientos hombres, no granadinos, se conservaban subordinados, sin el contagio; y entre mis oficiales escogí uno de Nandaimé que, además de respetuoso, le conocía cierta simpatía personal y sin el semblante de los demás, se advertía que reprobaban la prisión de Benard; en el de este Capitán Vanegas se notaba desaprobación de la conducta de Benard.

Dicté, pues, la orden del día y nombré Jefe de día al Capitán Vanegas; y al toque de orden ocurrieron de todos los puestos a copiarla; y a las seis de la tarde había sido leída a toda la tropa. El ayudante de órdenes llamó al Jefe de día nombrado, al despacho; se presentó sin tardanza y recibió las instrucciones siguientes: A las ocho de la noche debía prevenir que en todos los cuarteles, después de la lista de retreta, debían permanecer en formación hasta que él llegara. Debía comenzar por el cuartel del ángulo noreste, darse a reconocer como Jefe de día y tomar toda la tropa con su equipo y marchar hacia el cuartel del ángulo sureste, darse a reconocer y ordenar que todos tomaran su respectivo equipo y formar en la calle; que mandase a la tropa que llevaba del norte entrar a ocupar ese cuartel, para volver con esta tropa del sur al cuartel del norte y dejarlo ocupado así: que terminada esta evolución, hiciese otro igual con la tropa y jefes del ángulo noroeste y con la del ángulo suroeste, dejando así cambiadas las tropas de los cuatro cuarteles expresados; quedara perfeccionada la ejecución y regresara al cuartel del ángulo sureste, y mandara formar de nuevo a los jefes y les diera la consigna de que el Coronel Benard, que está en ese cuartel estaba preso y que volviesen a dar cuenta.

Mientras se estaba haciendo esta evolución, el ayudante llamó, de orden del Gobernador, a los Capitanes de las compañías de los cuarteles noreste y sureste, los cuales llegaron al despacho. Víctor Cuadra y Lorenzo Artilles fueron recibidos, más como amigos, que como subalternos. Departimos como bue-

nos camaradas, tomamos una copa, fumamos un cigarro masayés y hablamos sobre el suceso de la tarde y estuvieron ambos razonables. Cuando esto hablábamos, el Jefe de día entró a dar cuenta de que había sido cumplida la orden. El Coronel Benard supo que estaba preso cuando terminó de escribir sus cartas para Granada y en voz alta llamó al sargento, impacientándose porque no respondía, y en su lugar se le acercó otro y le dijo: que estaba preso bajo la salvaguardia; y que en el cuartel no estaba el sargento que llamaba, porque todo estaba cambiado.

Cuadra y Artilles supieron allí mismo lo que estaba hecho, manifestando ellos que ya lo sospechaban, y el Gobernador, que había sido necesario hacerlo así porque el Coronel Benard no había respetado su palabra de honor, evadiéndose de la prisión; y que ya ellos tenían que irse para sus nuevos cuarteles.

El Mayor Elizondo llevó las diligencias terminadas y debidamente requisitadas, se cerró el paquete; y escribí dos cartas al Mayor Vega y al Presidente Estrada, y nombré dos ayudantes para que fuesen a Granada a dejar al Coronel Benard, con el paquete y las cartas. Al siguiente día la columna expedicionaria que había traído el Coronel Benard, quedó por orden del día formando un solo cuerpo; y el Administrador de Rentas, a quien se le transcribió la orden, continuó pagando el presupuesto de esa tropa, con el registrador del Mayor y el Dese del Gobernador.

Se acabó toda inquietud y toda la tropa estuvo correcta; en todos los cuarteles se notaba mayor orden y se observaba la más perfecta normalidad. Los Capitanes Víctor Cuadra y Lorenzo Artilles guardaron armonía con la prefectura y la Gobernación.

Al regresar de Granada me informó uno de los ayudantes que don Fulgencio Vega le preguntó cómo era la cosa; y que cuando oyó la relación dijo: «Si Ortega no hubiera obrado de ese modo lo hubieran amolinillado».

Como se ha dicho atrás, todos estábamos alerta desde que se supo que Walker se embarcaría en el Realejo para emprender una nueva correría por el istmo. La guarnición del puerto de San Juan del Sur, se le dió orden de reconcentrarse a la

plaza de Rivas; por manera que Walker desembarcó en dicho punto sin obstáculo.

Desde ese momentó, el istmo se hizo el teatro de los movimientos bélicos, especialmente la ciudad de Rivas; y la orden del día advirtió a los jefes, oficiales y soldados la causa de la alarma, informándoles de la presencia del enemigo en San Juan del Sur y estableciendo el más estricto servicio de campaña; manteniendo el espionaje más activo y eficaz; como mi actitud en esa ocasión no difería de la que conocieron el 29 de junio, que por primera vez había aparecido en la ciudad y lo habíamos rechazado, los rivenses tenían confianza y me rodeaban.

Sin embargo, yo no me contaba; todo lo que podía halagar la vanidad de joven lo posponía al interés de Nicaragua, porque comprendía que con la intervención de los yankees se estaba jugando en aquella campaña, que convertía la guerra civil en guerra nacional, en que corría gran peligro nuestra soberanía y nuestra independencia. Así fué que expresando estas ideas escribí a Granada y Managua, al Mayor Vega, al Presidente Estrada y al General Corral, pidiéndoles que mandaran poner a la cabeza de la gente que yo tenía un militar viejo; y aun les insinuaba que mandasen al General Guardiola, de quien les hacía muy lisonjeras apreciaciones.

Se me comunicó oficialmente que saldría pronto el General Guardiola con una respetable columna como Jefe expedicionario en el istmo y Gobernador Militar del Departamento; y en las cartas particulares que me contestaron, me decían que el Prefecto Eduardo Castillo venía con él, y cuáles eran los jefes militares que le acompañaban. Don Eduardo me escribía que en el Gobierno se trataba de nombrar Ministro a don Juan Ruiz; que esto era confidencial.

Esta falsa noticia se la di inmediatamente a Carazo y a los demás amigos, anunciándola en la orden del día para infundir más aliento a la tropa y a los jefes. Con Carazo convinimos en guardar en reserva lo relativo al pensamiento del Gobierno de nombrar Ministro a don Juan Ruiz, tanto porque era una confidencia de don Eduardo Castillo, como porque no era conveniente que esta noticia llegara al conocimiento de los fiebres.

Uno de los espías que regresó de San Juan del Sur trajo la noticia de que la tropa del país que llegó con Walker, se le estaba desertando; pero que la tropa extranjera se estaba aumentando con los que eran seducidos por sus agentes entre los que pasaban por el istmo, de ida o de vuelta de California, todo lo cual se lo comunicaba al Gobierno, quien comunicó que el 20 salía el General Guardiola con la expedición que había anunciado, conforme con los deseos por mí manifestados.

De Nandaimé me adelantó un correo, señalándome el día y la hora que debía entrar a la ciudad para que le alistara cuatro cuarteles, pues eran cuatro compañías de setenta y cinco cada una, como eran entonces. Venían, pues, trescientos hombres a juntarse con cuatrocientos cincuenta de seis compañías que tenía en la plaza, sumando setecientos cincuenta, fuera cincuenta del resguardo de hacienda. El correo me trajo cartas particulares en que me avisaban que Benard venía en el Estado Mayor, y aun de sus conversaciones.

Mi tropa la tenía dentro del recinto de cuatro manzanas fortificadas; y tenía para los cuatro cuarteles y aun para más; y en consecuencia se alistaron los pedidos, y mandé un correo a encontrar al General Guardiola, con un pliego en que le informaba de la situación del enemigo, y la de la plaza para su inteligencia, y él me mandó un correo anunciándome su entrada.

Ese mismo día hubo una alarma porque se anunciaba que fuerzas enemigas se habían visto por el lado sur de la ciudad; los datos que habían traído los espías eran tranquilizadores a ese respecto; pero pudiendo suceder que los muchachos simpaticizadores de los democráticos hubieran podido informar a Walker del movimiento convergente de la columna del General Guardiola, y que el enemigo quisiese impedir que se juntasen en la ciudad fortificada, convenía hacer una manifestación de defensa para acostumar a la tropa a esta clase de impresiones, teniendo vivo el espíritu bélico; y mandé a un ayudante a encontrar al General Guardiola, informándole de todo, e incluí la señal de campo, para en el caso que la alarma fuese fundada se reconociesen las tropas.

Pasado el simulacro de defensa se restablecieron los puestos y escribí en el libro de órdenes lo siguiente:

Orden del día del 24 al 25 de Agosto.

Señores Jefes, oficiales y soldados:

Dentro de poco tiempo entrará a esta plaza una columna de orientales, que viene a compartir con nosotros los peligros y las glorias de nuestra lucha con Walker y sus vándalos, que pretenden imponer la esclavitud, en esta tierra clásica de la libertad, y en donde ya le derrotamos la primera vez; viene al comando de ellos el ínclito General Santos Guardiola, de nombradía centroamericana, y a subrogarme en la Gobernación del Departamento; a quien respetaréis y obedeceréis en todo lo concerniente al servicio; pero siempre, como en el memorable 29 de junio, estará con vosotros vuestro jefe y amigo.

¡Viva el Gobierno! ¡Viva el General Guardiola!

*Francisco ORTEGA*

Se tocó orden, los oficiales de los puestos y de los cuarteles ocurrieron a copiarla y la leyeron a sus respectivas tropas. Don Evaristo Carazo y sus amigos, y los de don Juan Ruiz, acompañaron al Gobernador a recibir al nuevo jefe a las afueras de la ciudad, a la cual entró en ocasión que se leía en todos los puestos a la vez la orden del día y resonaban los vivas al Gobierno y al General Guardiola.

El Exgobernador ofreció la casa que él ocupaba para su alojamiento; y después de la formación y revista de la tropa, el Mayor encargado de alojarla en los cuarteles que se habían preparado le señaló a cada uno el suyo, y la comitiva se despidió. El General entró al recinto fortificado, y nos fuimos a la casa. Ocupamos la oficina, y me dijo con suave acento: «Sólo falta que me dé a reconocer como jefe de la fuerza». «Ya está hecho; y están publicando en todos los cuerpos la disposición del Gobierno», le contesté. «¡Ah!, bueno», me dijo, añadiendo: «¡Usted debe tener un libro de órdenes?» Alargué la mano

sobre la mesa, tomé el libro y se lo presenté: «Aquí lo tiene, General», abriéndoselo en la página que contenía *la última orden del día*.

El General leyó y movió la cabeza con agrado, y dijo: «Ahora vamos a poner mi primera orden» (hablaba en plural); yo tomé la pluma y él redactó:

«Orden del día 24 al 25. Servicio, el de campaña: Jefe de día para hoy, el Coronel José Bonilla. Nómbrase Secretario de este mando y jefe del Estado Mayor, a usted, póngase su grado militar», me dijo; y firmó:

*Santos GUARDIOLA*

Se tocó, por el clarín de órdenes de Guardiola, la llamada de ordenanza; y de los puntos todos que ocupan los cuerpos del ejército ocurrieron a copiarla a la sala del despacho. Cuando estuvo firmada la orden, me dijo: «Lo he nombrado jefe del Estado Mayor para que usted siga mandando. Usted conoce muy bien todo el mecanismo del Departamento»; y con una ligera contracción de su fisonomía, viva y sugestiva: «Ahora, añadió, *Bernard queda bajo sus órdenes*». El General era, sin disputa, hombre de mundo, y con aquel ojo redondo, veía mucho.

Mientras iban llegando, y copiando, salí ligeramente por saludar al Coronel Florencio Xatruch y José Bonilla, que tan atentos estuvieron conmigo en la entrada; pero mi propósito principal era verme con Carazo, que debía estar esperándome. En efecto, allí estaba con Chamorro, Torres, Delgadillo y un grupo de amigos ansiosos de saber: Don Evaristo me dijo: «Y luego, ¿qué tal la cosa?» «Bien», le dije, y les referí todo detalladamente; y les insinué que era necesario que le hicieran juntos una visita, que yo les iba anunciar para las tres de la tarde, y me restablecí a la casa, pasando por donde Xatruch y Bonilla, que estuvieron expansivos y afables.

Don Evaristo envió a Guardiola una caja de vino seco, para la mesa, y otra de fino coñac; yo ya me encontraba con él cuando llegó el obsequio, entonces le recordé quién era Carazo; él lo conocía perfectamente desde que vino de Guatemala y desembarcó en San Juan del Sur.

La visita de Carazo y sus amigos se hizo puntualmente y

fueron presentados cada uno particularmente por el Exgobernador. La conversación de Guardiola versó sobre la agricultura, llamando a los campos cultivados *el vergel de Nicaragua*; del tránsito por el camino macadamizado; de su comercio; del canal, etc., y últimamente del partido conservador al cual él pertenecía. Ellos salieron satisfechos, y él quedó haciendo la apreciación de cada uno, como si hubiera vivido en la ciudad y los hubiera tratado en intimidad. En seguida llegó don Juan Ruiz con otras personas, y fueron presentados uno por uno como fueron Carazo y los demás. El General estuvo tan oportuno en su conversación como con los otros. Cuando se fueron me describió el carácter de cada uno de ellos, con mucho acierto en sus juicios, muy especial el de don Juan Ruiz con otras personas. Guardiola penetraba mucho con la mirada.

El 30 de agosto estábamos para dormir, me dijo: «Hemos pasado mucho tiempo sin dar una batalla, ¿cree usted que debemos ir a San Juan del Sur?» «Permítame, General, excusarme la respuesta.» «Pues lo que vamos a hacer, es, que mañana, después que se haya tomado café, usted vaya a pulsar la opinión de los ciudadanos y me trae el resultado.»

Al día siguiente hablé con varios y regresé con lo que me expresaron; y le referí que don Juan Ruiz me dijo que el General que no se exponía a ser derrotado, no adquiriría ninguna victoria. «Bueno, dijo, hoy se alista todo y mañana marchamos. Yo, dijo, soy como los gallos, mi sangre se calienta con sólo oír cantar otro gallo.» A las doce del día reunió a Xatruch, a Bonilla, al Capellán P. Espinosa y al cirujano Falla, les propuso el caso y se lo aprobaron. No había más que hablar. «Dígaselo a Caracito, me dijo, él tiene hacienda de campo por ese lado, y sus sirvientes serán muy útiles, como conocedores de todas las veredas.»

Al día siguiente, 1 de setiembre, en la mañana, la división salió de Rivas, compuesta de seis compañías de setenta hombres, y una guardia ligera de cincuenta. En una carreta se llevaba el cañón en su cureña, con su parque correspondiente y unos víveres para la tropa, fuera de que cada soldado llevaba su ración en su salveque. Don Evaristo Carazo nos dió alcance en el camino, y llegamos a pernoctar en su hacienda «El Jo-

cote», en donde había carne fresca de una res que habían destazado.

La casa principal de dicha hacienda es de dos pisos, instalándonos en los altos con él don Evaristo y en unión del General en jefe y su Secretario, donde fuimos colmados de finas atenciones y franca hospitalidad.

Por la noche llegó de San Juan del Sur uno de los agentes más ilustrados de Carazo, el joven José Chamorro, quien se había evadido con habilidad. Walker con su Estado Mayor ocupaba un hotel que los americanos habían instalado a bordo de un vapor que se encontraba encallado en la bahía, tan próximo a la playa que construyeron un muelle para comunicarse con tierra firme, donde tenían un cuartel. En otro hotel, propiedad de Mr. Prist y al pie de una colina, por el Este, había otro cuartel y al Sur, al pie de una roca en que se apoya el muelle y por donde desembarcan los pasajeros de California estaba una bodega, en que había otro cuartel.

El jefe observó en el croquis que le presentara el Secretario la forma de un pie de gallo. Entre los tres cuarteles, el terreno era un arenal. Aquella posición era inexpugnable y había que dominarla. Sin entrar al puerto, y por la retaguardia, se subiría a la colinita del Este y a la roca del Sur, desde donde dominábamos con nuestros fuegos simultáneos haciéndoles una carga con arrojo y destreza de nuestros soldados y sus bayonetas. Tres guerrillas en dispersión, como el fuego de granaderos y a paso acelerado, sin mirar al que caía, toman el vapor-hotel. Como notase mi asombro el General en jefe, se dirigió a mí y me dijo: «La empresa es arriesgada: pero hay que obrar; vencer o morir».

Chamorro confirmó la noticia de los espías, de que había desertión de los nativos. Guardiola me dijo: «Siempre hay desertiones en el ejército; el soldado, por miedo a las balas o por amor a la familia, quiere volver a su hogar, y este amor o este miedo se les aviva cuando saben que se acerca la hora del combate, lo que hay que hacérselo saber la noche anterior para que, a favor de la oscuridad, se verificasen las desertiones. Ordene usted a los artilleros, me dijo el General, que hagan dos disparos de cañón, los que se vayan son enemigos menos.

»Dispongamos, continuó, hablando siempre en plural, tres boletas. El Coronel Xatruch comandará el ala izquierda, e irá a atacar por retaguardia el hotel de Prist; el Coronel Bonilla, por el centro, tomará el vapor-hotel; el Coronel Argüello, el ala derecha, tomará la bodega.» El General observó que el Secretario hizo una ligera pausa al escribir el último nombre, y el jefe dijo entonces: «Lo fueron a hacer Coronel, es flojo, pero él tiene allí un su grupo que lo atiende y por eso lo nombro». En cubierta cerrada se le mandó con orden de que al salir al camino de El Tránsito volviesen a revistar las armas de su tropa y de reunirse en torno del General en jefe para recibir nuevas instrucciones.

A poco rato de haber salido del Jocote, salimos al camino de El Tránsito; allí había una casa con cantina, nos detuvimos, habíamos descubierto las huellas de gente que había pasado para el Este y las de un carruaje. No había más que una mujer y ésta nos informó que Walker había pasado para la Virgen al amanecer, que en el coche iba un señor *Chelón*, y que no se habían detenido.

¿Por qué Walker deja la posición ventajosa de San Juan, por la de la Virgen? Este pueblecito era indefenso, sus casas cercadas con tablitas de pino. Nosotros llevábamos cañón, con el cual iban a ser deshechas. «Así, pues, me dijo Guardiola, debemos ir prevenidos, no sea que en el camino nos echen una emboscada, porque él sabe que nosotros, al observar sus huellas, le vamos a seguir»; y mandó bajar el cañón, y que fuese tirado por los artilleros. Cada guerrilla organizada ocupó su puesto; el cañón y un carretón tirado por mulas, llevando el parque y los víveres, iban en el centro custodiados por dos compañías del cuerpo de reserva, al mando de Dionisio García (a) *Mata muertos*. El oficial Bueno mandaba la descubierta de vanguardia, conservando con regularidad la distancia de cien a doscientas varas del resto, y a igual distancia de la descubierta iban adelante dos montados, que el jefe llamaba *heraldos*, y un negrito que nos había dado don Evaristo, iba delante de los heraldos; era muy conoedor, y a una seña suya, se paraba la gente y él se subía a un árbol para divisar; y volvía a salir y con otra seña continuaba la marcha.

Ya cerca de la Virgen, el negrito salió del monte andando acelerado, llegó hasta nosotros y señalando la copa de un árbol, dijo: «Allá están los yankees, unos acostados y otros jugando a los dados». Nos certificamos de lo dicho, y el jefe mandó traer el cañón; el Coronel Xatruch dió la noticia de que el eje de la cureña se había quebrado, y que el cañón estaba en el suelo. El General se haló el cabello y dió orden de atacar. El oficial Bueno, que iba en la vanguardia, partió sobre el enemigo, haciendo una descarga sobre los tahures filibusteros, que se concentraron en carrera disparando sus armas.

Se entabló la acción por los flancos y el centro. El camino se desvía en ese punto, que forma un codo, y desde allí la visual está en línea recta al pueblo. De las casas laterales de la calle el enemigo lanzaba cajones vacíos, y se parapetaban tras ellos y hacían fuego. Bonilla, sin embargo, ganaba terreno peleando de frente.

«Veamos a Florencio», dijo el General. Este jefe había llegado a las primeras casitas del lado norte, desalojando a los que se parapetaban de los pliegues del terreno que limitaba la playa y dijo que con tropa de refresco traspasaría la calle y se tomaría la casa de la compañía que era el fuerte del enemigo. Una bala disparada del piso alto de la casa de la compañía me hizo un saludo por el ala de mi sombrero, y me santigué; volví a ver a Guardiola, quien risueño me dijo: «Ya pasó». Pero su caballo tenía un balazo en el pescuezo, de donde salía un chorro de sangre; se lo advertí y retrocediendo atrás, dijo: «Retirémonos». Volvió bridas y ordenó que se pidieran dos guerrillas al cuerpo de reserva, para Xatruch.

Cuando volvimos al codo del camino, se divisó a Bonilla peleando en regla, se atravesó en el camino y en un claro del monte, y cuatro varas adentro, el ayudante Enrique Solórzano y el jefe se desmontaron para cambiar sus caballos. Al volver al camino, se observó que Bonilla se batía en retirada; se recibió informe que no había cómo reforzar a Xatruch; porque todo el cuerpo de reserva había huído, dejando solo el carretón de los víveres. Unas balas de rifle silbaron entonces por allí, lo que no había sucedido cuando el Secretario estaba solo; y éste le dijo: «General, esas balas son para usted, lo han conocido».

El General vestía una camisa de lana, de cuadros negros y rojos; no había duda, los espías de Walker habían dado ese detalle. «La acción es perdida», dijo, y volvió bridas a su caballo, con rumbo a Rivas; mandó a Xatruch que se retirase y marchamos sobre el camino que habíamos traído.

Como a las dos cuadras, el autor quiso saber la causa de las voces alteradas, entre las cuales sonaba el nombre Bonilla, y regresó solo. Entonces vió, a la derecha, que el jefe de las guerrillas del ala derecha, Coronel Argüello, con el Capitán P. Alfaro, estaban cubiertos por una gran ceiba; y al apercibirse del ruido de las pisadas de los caballos, el Coronel tomó con una mano la pierna que tenía sobre la silla, la bajó a tomar el estribo y picó con las espuelas su caballo y salió aceleradamente, sin mirar a su observador.

El ala derecha sin su jefe flaqueó pronto, dejando al centro de la batalla sin el equilibrio mecánico de la lucha, que dió lugar al enemigo para cargar sin contrapeso a Bonilla, con el mayor número de su tropa. En efecto, el *Chelón* lo había cargado vigorosamente; pero en la ronda del pueblo se detuvo; y Bonilla con ocho oficiales contuvieron su retirada en el codo del camino y con sus espadas lo provocaban; y el *Chelón*, suspicaz y precavido, no quiso cargar.

El ayudante, Enrique Solórzano, regresó por orden de Guardiola a llevarme; él nos esperaba ya con los asistentes que adelante estaban parados; allí se veían, a lo lejos de la sabaneta, muchos soldados que huían, y las mulas con los arneses estaban pastando. Se procuró coger una, porque el oficial Laines le había arrebatado al asistente la mula de repuesto que traía Guardiola, y se había ido en ella. Se ensilló con la silla de Solórzano uno de los caballos de los asistentes, para cambiar el caballo herido, el cual se soltó en la sabaneta, y continuamos la marcha.

Al bajar un río, divisamos al capellán y al cirujano, que estaban bebiendo agua. Al conocerlos, los ojos de Guardiola se animaron con un brillo siniestro y dijo: «*Por ese galeno*», y miró mis pistolas (entonces no se conocían los revólveres en Nicaragua). Yo disimuladamente le propuse al General una copa de coñac, del que traía en las alforjas el asistente, para que tomáramos agua; y me adelanté y dije a Falla que huyera,

y volví pronto con la botella y unos limones en la bolsa, de los que venían en la alforja. El muchacho fué a coger agua; exprimí una tapa de limón en el coñac y se la di al General que, al devolvérmela vacía, con buen semblante y mirada suave, me dijo: «Pícaro», con acento de cariño. De Laine «Sí, dijo, ese oficial debe ser juzgado por ladrón».

Estuvimos un poco parados, viendo pasar tropa desbandada y continuamos para Rivas; ya con Xatruch y otros dos, nos refirió que con Bonilla y varios oficiales habían ocultado dentro de unas zanjas enmontadas el cañón y las cajas de parque, y que habían encaminado como una cuadra el carretón para que los soldados enemigos y sus oficiales se alegraran con la carne salada y los otros viveres, y lo arrastraran llevándoselo a la Virgen los vencedores.

Cuando llegamos a Rivas, Guardiola se quedó en el corredor del cabildo, afuera del recinto fortificado; allí dejé mi caballo y entré a pie; ya suponía los comentarios a que se habían prestado los sucesos de la Virgen, referidos por los que me habían precedido, que como acontece siempre, en estos casos son de los que no han peleado y son nutridos de inculpaciones indebidas. Don Evaristo, que se vino del Jocote, ya estaba en la ciudad, y reunido con sus amigos y con don Eduardo, al verme, me hablaron del asunto palpitante; pero ante todo, les dije, éstos no son momentos de hablar: lo que creo que debemos hacer es irnos a traer a Guardiola, que está allí en la plaza y tiene pena de entrar. Ustedes deben partir del principio, que el General que libra una batalla tira los dados, que bien puede echar cenizas o ases; y en este caso debén ustedes creer que, dadas las circunstancias del caso de la Virgen, el General más experto y de más talento, habría tenido el lógico revés de hoy. Don Eduardo, don Evaristo y seis de los más sensatos de Rivas, llegaron conmigo a donde estaba Guardiola: éste los recibió agradecido; todos estuvieron oportunos y hasta diplomáticos; todos entramos a pie y nos acompañaron hasta nuestro domicilio; y don Evaristo mandó en seguida una caja de vino; y doña Tula, que nos cuidaba, persona fina, de feliz educación, era muy avisada; no tardó en mandar ponernos la mesa con viandas escogidas, como si hubiéramos regresado cubiertos de

glorias y vencedores de los odiados filibusteros, como el 29 de junio.

Don Juan Ruiz había sido nombrado por el Presidente Estrada Ministro de la Guerra, y se había ido para Granada. Guardiola tenía esa censura menos, me lo había dicho don Eduardo, poco antes; y cuando estábamos comiendo le di la noticia a Guardiola, porque alejado ese hombre tan exagerado, sería menos ostensible la división de los gobiernistas entre sí mismos, lo cual era favorable al enemigo.

Hay que considerar, respecto de lo sucedido, que en este día habían peleado los Coroneles Xatruch y Bonilla, y otros oficiales del ejército legitimista que en combates gloriosos habían adquirido grande y merecida fama, circunstancia que hizo más ruidoso el triunfo de los caudillos de la democracia unidos a Walker, en ese día infausto para la nación.

Grande, por su trascendencia, esa acción de una hora, esa desgracia, conmovió a todo el partido legitimista. El General en jefe del ejército dejó el cuartel general que estaba en Managua para ir Rivas, y acumuló allí casi toda la fuerza disponible, quedando la plaza de Managua y la de Granada con las indispensables guarniciones, mientras que Walker, en la Virgen, tenía en jaque a Granada, como había hecho Muñoz, cuando hizo el primer movimiento sobre el itsmo.

José Rugama, de Rivas, estaba en la Virgen a la hora del combate, y cuando terminó la acción salió a la calle. El era sagaz, amanerado y fino de semblante, festivo y agradable, ojos negros muy vivos, con su mirada sugestiva se atraía las simpatías de los que se fijaban en él. Rugama era, a no dudarlo, un hombre de talento diplomático por naturaleza, de apuesto continente y de carácter comunicativo, tenía las dotes de un caballero; pero era sordomudo, circunstancia que aumentaba el interés que inspiraban tan bellas cualidades. Por manera que los vencedores, tanto extranjeros como nativos, le facilitaban amplia libertad de pasearse y de satisfacer la curiosidad, que era un rasgo característico de su persona; de manera que, cuando regresó a Rivas la tarde del siguiente día de nuestra derrota, pudo dar informes del campo enemigo.

Este sordomudo sabía leer y escribir y, además, se ayudaba

de una mímica expresiva y del lenguaje de los dedos de la mano para responder con claridad las preguntas de nuestro reportaje. En consecuencia, nos dió el informe siguiente:

«Un avanzado de los nuestros respondió al General Valle, que el cañón que había hecho en el Jocote los disparos que él oyó, lo llevábamos en el carretón en que iban las municiones de guerra y boca; pero que al salir al camino del Tránsito, se supo que ellos habían pasado para la Virgen, y que entonces el General Guardiola mandó bajarlo y marchó tirado por los artilleros, colocado en el cuerpo de reserva, lo mismo que los víveres y el parque que llevaba el carretón; pero que al cargar la fuerza sobre el puerto, mandó que avanzase la pieza y entonces se quebró el eje de la cureña, cayendo al suelo el cañón, el cual quedó allí sin poder servir para la pelea; fué una escolta a llevarlo, pero no lo hallaron y la escolta volvió sólo con el carretón con plátanos y carne salada que ellos se comieron.»

Dijo Rugama que el enemigo estuvo en conflicto cuando unos diez soldados de los legitimistas hicieron varias descargas hasta la verja que cerraba el jardín de la compañía que ocupaban los yankees en el alto, porque se creyeron perdidos, al extremo de haberse corrido en son de derrotada la fuerza de nativos que estaban a retaguardia de dicha casa; en la costa del lago huyeron a Costa Rica, vía Peña Blanca, entre los cuales se fué un hijo de poca edad de un General cojo que llamaban *Chelón*, el cual fué en su busca por ese lado y los halló en río Limón, de donde los hizo volver trayéndose en ancas a su hijo. Este hijo es el doctor Nicolás Valle, quien después de mucho tiempo refirió este pasaje al autor en los mismos términos que Rugama.

Establecida la autenticidad del hecho, no es aventurado pensar que, si los intrépidos diez soldados que llegaron hasta la verja del solar de la casa de la compañía, hubieran tenido sus jefes y la cooperación de lo demás de la tropa del flanco derecho a que ellos pertenecían y sus jefes, marchando sobre el camino de la gloria que esos diez les trazaron con su denuedo admirable hubieran estado allí ellos, se habría repetido para Walker, que estaba en el piso alto de la casa de la compañía, otro caso como el del 29 de junio en Rivas, en la casa del Ge-

neral Espinosa; porque no habría faltado otro joven Mongalo que pusiese fuego para incendiar la casa de la compañía, en donde se habrían rendido o muerto, facilitando el restablecimiento de la paz; pero desequilibrado el ataque por el flanco derecho, la balanza de la victoria se inclinó del lado de Walker, y el país sufrió después tremendas desgracias de que participaron los demás Estados de Centro América.

Rugama nos dijo que él había visto muchos cadáveres, cuyos sombreros tenían la divisa roja de los democráticos unos, y la divisa blanca de los chamorristas otros; que de éstos vió unos cuatro que yacían a la orilla de la verja del solar de la casa de la compañía, entre los cuales conoció a Lorenzo Díaz, que él, como muchos, tenían por sirvientes del autor, porque mucho se mantenía a su lado. Era un chicuelo de precoz desarrollo, que de Masaya había llegado a Rivas con mi hermano Leandro, en los días siguientes a la derrota de Walker en Rivas el 29 de junio, para llevar noticias de vista a la familia, alarmada por las exageradas noticias que se esparcieron de los rifles y de la puntería de los tiradores filibusteros, que les hacía pensar que podía estar yo herido, aunque las cartas demostraban que estaba sano y salvo. El chicuelo se quedó entonces por la inquietud de la guerra; y el autor, viendo su inclinación a la carrera de las armas, ordenó que se le diera de alta, recomendándolo por su tierna edad; por casualidad le tocó a él ir en la fuerza del flanco derecho, que a la hora de la acción quedó acéfala, y él se lanzó con los pocos audaces que, atravesando todo el pueblo, se lanzaron sobre la casa de la compañía, hasta llegar a la verja haciendo descargas; desde lo alto los rifleros yankees mataron cuatro; el arrojo fué temerario, pero heroico.

Al chicuelo Lorenzo Díaz, al incipiente héroe, le sobró coraje y le faltó fortuna. Pase, sin embargo, su nombre a la posteridad con aureola de gloria, como un tributo de justicia nacional a su memoria, ya que no tenemos el Poder para erigirle una estatua de bronce que inmortalice su nombre.

La detonación de los fusiles de una descarga inesperada hizo salir a Walker de la casa, y a paso acelerado llegó al lugar de la novedad. Uno de los avanzados había respondido a los

cargos que le hicieron por haber venido con Guardiola con el grito de ¡viva Chamorro!, por lo cual lo mandó fusilar el Coronel Méndez; el avanzado era de los valientes de la verja. Walker montó en cólera y amenazó a Méndez con ultimar a él o cualquiera otro que fusilase otro avanzado.

Méndez pidió su pasaporte al 2º Jefe José María Valle y se fué para León.

El testimonio de Rugama está conforme con el del oficial democrático Marcelino Huembes (1), que peleó ese día en la Virgen: alzó el campo Walker al siguiente día del combate y se fué a San Juan del Sur; entonces Rugama pudo salir de dicho puerto y regresó a Rivas para darnos noticia de todo, porque él era chamorrista, como él decía, y descansando en esas noticias se dispuso mandar a recoger el cañón y las cajas del parque. En consecuencia, el Coronel Bonilla, con una fuerza y los oficiales Felipe Bueno, Munguía y otros fueron al caminc del Tránsito, en donde Bonilla con Xatruch habían ocultado el cañón, y lo trajeron a Rivas con sus útiles y el parque.

Se quiebra el eje de la cureña del cañón al arrastrarlo al lugar del emplazamiento, queda en el suelo fuera de la visual de los artilleros y no funciona; el ayudante Enrique Solórzono vuelve sin el refuerzo que pide el Coronel Xatruch, Comandante del ala izquierda, que la necesita para tomar la última posición para dar el asalto a la casa de alto de la compañía, porque toda la fuerza del cuerpo de reserva, con su jefe Dionisio García (a) *Mata Muertos*, había levantado el campo; la pérdida del equilibrio de la maniobra en el ataque, entre las alas con el centro, por no haber atacado toda la fuerza del ala derecha, son los tres

---

(1) Rugama y el oficial Huembes, el uno legitimista y el otro democrático, están de acuerdo en su testimonio, lo cual rectifica el error en que estuve cuando, al traducir la carta de Walker al General Corral, y remitida por éste al entonces Coronel Fernando Chamorro, le manifesté temores de que la llegada de Méndez a León implicaba peligro para el provisorio Escoto, el General Sarrias y Francisco Díaz, que habían escrito al Preside Estrada, proponiendo arreglos a fin de eliminar a Walker, uniéndose los dos ejércitos, porque lo conceptuaban enemigo común, puesto que la carta interceptada, a que se refería el filibustero, escrita por el Coronel Fernando Chamorro, hacía referencia a estas propuestas, o sea inteligencias entre los dos antagonistas nicaragüenses. Los temores del autor eran infundados, desde luego que Méndez abandonaba el campo por la amenaza de Walker: el lobo iba huyendo del oso.

hechos que decidieron de modo desastroso para los legitimistas esa acción de la Virgen.

Si el Licenciado Pérez hubiera tenido paciencia y calma para averiguar con criterio sano la verdad de los hechos que refiere en la página 145 de sus *Memorias para la historia de la revolución de Nicaragua*, no habría escrito los conceptos erróneos que contiene, y que quedan rectificadas para que los escritores futuros examinen la verdad histórica, para que los anales patrios sirvan de utilidad a las presentes y futuras generaciones, conociendo lo que valía el General Santos Guardiola, que si bien perdió en Nicaragua dos acciones, no por eso perdió su nominación centroamericana; hay que ser justos.

La República de Honduras, al regresar Guardiola de Nicaragua en esta vez, lo eligió Presidente y organizó su Gobierno, levantando el partido conservador de Honduras que estaba caído.

El General en Jefe Corral, a los cuatro días del desgraciado suceso de la Virgen, llegó a Rivas con seis compañías de setenta plazas cada una, contando con los oficiales y sargentos; un cuadro de oficiales de los mejores que habían estado en Granada cuando el sitio, y su lucido Estado Mayor.

La fuerza de quinientos ochenta hombres que teníamos en la plaza de Rivas había sufrido bajas considerables, por consecuencia de la derrota de la Virgen, entre dispersos, extrañados, muertos y heridos, de manera que estaba reducida a cuatrocientos ochenta, que unidos a los que llevó el General en Jefe, ascendió el total a novecientos ochenta, de los cuales se enfermaron sesenta.

El Gobierno, en Granada, arregló por contrato una pequeña partida de gente extranjera, que armada de rifles se habían quedado por el río San Juan, de los que Kinni desembarcó en el puerto de San Juan del Norte, para que se alistasen en el servicio del ejército contra Walker, y llegaron a Rivas con el nombre de «Falange extranjera», a la cual se le agregaron Kayssé, J. H. Barg y el joven Dionisio Herrera, hermano del otro Herrera que andaba con los democráticos. Con la mentada falange de diez y seis hombres, venía Ulises Simulín, joven de actividad, era francés, él y otros; los demás eran de diferentes

nacionalidades; dos italianos, que decían ser de los de Mesina, se improvisaron artilleros.

Hay épocas en la vida de los pueblos, que no se reflexiona aun en los hombres más sensatos. La palabra *rifle* indujo a los granadinos a ocupar a extranjeros contra extranjeros; ciegos, no veían aquel paso.

A los veintidós días de estar en Rivas los novecientos y pico de hombres, hubo que movilizar las milicias que se habían colectado en Managua y en Granada, sobre los departamentos occidentales; y el autor recibió una carta de don Fulgencio Vega, en la cual me anunciaba que se me había pedido al General Corral, y que me esperaba para informarme de lo que se trataba. En efecto, el General Corral, afable como siempre conmigo, me hizo llamar por medio de un ayudante, y en su oficina me dijo: «Usted tiene que ir a Granada, y como el camino está tan malo, el viaje lo hará por agua».

El Capitán Artilles tuvo noticia de mi viaje por agua, tenía pensado ir a Granada y me llegó a pedir que le llevase, «por evitar el lodazal del camino». Lo consulté con el jefe y me dijo: «He mandado alistar la goleta *Perla*, que es la que yo uso, para que usted vaya con comodidad. En el alcázar sólo está mi catre; si usted quiere, llévelo».

A las tres de la tarde del 28 de septiembre me despedí del General en Jefe, del General Guardiola, de don Eduardo y de don Evaristo; y media hora después estábamos a bordo de la goleta *Perla*. El más experto y valiente marino de Granada era el Capitán de la embarcación; me recibió comedido y afable y me instaló en el alcázar, de orden del General Corral, según me lo manifestó; y me dijo: «Dentro de poco vamos a zarpar», y señalándome el cielo hacia las montañas azules de Chontales, me dijo: «¿Ve usted aquella nubecilla negra? Es señal de mal tiempo; y es mejor que salgamos a correr el chubasco allá fuera; la goleta es magnífica, no tenga cuidado».

En efecto, mandó alzar anclas, desplegó sus velas y salimos del puerto de San Jorge. Vi mi reloj: las cuatro justas; y un cuarto de hora después se desató la más violenta tempestad; densa oscuridad cubrió el horizonte, como si fuese la más negra noche, cayendo un aguacero torrencial, y una tormenta deshe-

cha atronaba horrísona, y los relámpagos, serpenteando, alumbraban por intervalos.

La goleta, en la cual silbaba el viento por entre los cables sacudidos; y en medio de aquel teatro sublime se destacaba, de pie y espada en mano, el Capitán Bartolomé Sandoval, mandando la maniobra con entonación firme y con tecnicismo náutico, que la tripulación ejecutaba con puntualidad y maestría, jefe y subalternos inspiraban plena confianza.

Los truenos y relámpagos cesaron; escampó la lluvia. El Capitán Sandoval se acercó a decirme: «Asómese a ver el Santelmo». En la punta del mástil se veía una luz blanca: señal de bonanza. «Ya pasó todo, ya cesó el huracán, vamos a amanecer en Granada.» Eran las doce de la noche. «Estamos a la altura de Solentiname, vea hasta dónde nos arrojó la tempestad», y señaló el archipiélago; «por este otro lado, me señaló, queda el fuerte de San Carlos, cerca».

Me quedé fuera del alcázar un rato gozando de aquella linda perspectiva; el furor de las olas se iba calmando y lo rugoso del agua desaparecía; el cielo estrellado estaba espléndido y la clara luna mandaba sus plateados rayos sobre el terso líquido que formaba el inmenso espejo del Gran Lago. Dormiría cuatro horas, cuando me despertó la palabra: «¡La torre de la Merced!»

En efecto, estábamos cerca de Granada. *La Perla* pasaba junto a los islotes y los montes de la costa dejaban ver, mecidiéndose al impulso de la brisa, las palmas de los cocoteros.

Desembarcamos en el Fuertecito y pronto estaba tomando café con la familia Sandoval. Me vi primero con el Mayor Coronel Fulgencio Vega. El 29 de septiembre había dos compañías de setenta plazas organizadas que yo debía llevar al Coronel Martínez a Managua, para una evolución política sobre León, cuyos hombres principales, comprendiendo al Provisorio Escoto, ya habían visto el peligro que se corría con Walker. «En fin, dijo el Mayor Vega, usted no se ha de ir hoy, y esta noche hablará usted con el Presidente Estrada y sabrá lo demás; ahora se verá con los muchachos, que ya saben que usted venía hoy y desean verlo.»

Me habló de la prisión de Benard, de lo que Víctor Cuadra

había escrito, los detalles de mi evolución y que había sido de la aprobación de todos. «Si no lo hubieras hecho así, te habrías amolinillado», acabó por decirme.

El Presidente Estrada, en la noche, me dijo: «Va usted, con la fuerza que saldrá para Managua, a juntarse con el comandante Coronel Tomás Martínez. El Coronel Fernando Chamorro va también, y el General Hernández; llevan impresos unos salvoconductos, con un lugar en blanco, para las personas que indique el Provisorio Escoto, el General Sarria y el Coronel Francisco Díaz Zapata, que han escrito ofreciendo arreglar la cuestión doméstica y prescindir del extranjero. Se colocarán en Pueblo Nuevo, para establecer más de cerca la correspondencia amigable. El Doctor Cortés, que ha trabajado por la paz, está entendido y va con ustedes en calidad de Cirujano, para aprovechar sus influencias por allá».

Escogí para asistente a Pablo Guadamuz, por su vivacidad; necesitaba un caballo y al pasar por donde el Coronel Chamorro, entré a avisarle que lo iba a tomar de la remonta, y dió la orden; pero me demoró algo por estar redactando una carta al amanuense Pedro Rivera.

El 30 de septiembre llegué a Managua; y en la tarde llegó el Coronel Chamorro; y no fué sino hasta el 1 de octubre que salimos con la división para occidente. El General Hernández era el primer jefe; el Coronel Martínez, el segundo, y el Coronel Chamorro, el Mayor.

Dos noches antes de marchar fuí llamado a la Mayoría. Don Fernando estaba solo, me dió asiento y me dijo: «¿Entiende usted el inglés?» Respondí afirmativamente. Me dió una carta: «Lea y guarde silencio». Ante todo, vi el reverso. «No le asuste la firma», me dijo. Era de William Walker, para el General Corral, y éste se la mandaba a Chamorro, y en ella decía al General en Jefe en Rivas lo siguiente:

«Le incluyo esa carta del General Chamorro, para usted. Yo no he venido a Nicaragua por la guerra, sino por la paz; porque quiero contribuir a la prosperidad de este bello país llamado por su ventajosa posición en el continente a figurar en no lejano tiempo en el rol de las naciones más civilizadas, prósperas y grandes del globo. No soy, pues, enemigo de ustedes;

soy, por el contrario, amigo de la gente trabajadora y honrada; y así aspiro ser considerado por los nicaragüenses.»

Pregunté al Coronel si la carta a que se refería Walker era la misma que Pedro Rivera escribió, dictada por él el día que yo estuve en su casa. Me dijo que sí, y cómo ese día se tuvo noticia de que uno de los jefes, Méndez, que andaba por el istmo, había llegado a León, y en la carta a que se refería Walker se le daba cuenta del movimiento y del objeto de ponerse en relación con Escoto, Sarrias y otros que atrás quedan mencionados, y además le decía que se llevaba la tropa miliciana y que la plaza de Granada quedaba sólo con los cívicos. Yo le expresé mi extrañeza de que carta de tal importancia hubiera caído en manos del filibustero, y mi temor de que los amigos mentados corriesen peligro con los democráticos vulgares.

El Coronel me dijo: a lo primero, que la carta para Corral la había llevado el Capitán del vapor, y que nunca pensó que un *caballero como Mr. Scott* se la fuese a entregar a Walker; y respecto de los signatarios de las cartas de León, no hubiera tenido él ningún cuidado, porque aquellos amigos estaban apoyados por el barrio de San Felipe.

Las cartas del provisorio Escoto, ¿serían inspiradas por el patriotismo, al ver la actitud preponderante que después del triunfo de la Virgen estaban adquiriendo Walker y la gente extranjera, que aumentaba más y más con los que reclutaban en cada caravana que de ida y vuelta de California pasaban por el istmo? ¿O quizá obedecía a un plan de infundir confianza para dar el golpe de gracia a la plaza de Granada, mientras estaban con la atención puesta en negociaciones de arreglo, entretenida con una ilusión?

Consignaremos unos hechos, que darán la clave a la posteridad para resolver esas importantes cuestiones:

Hilario Zepeda, de León, llegó por tierra al istmo, atravesando la costa del Pacífico, en un largo trayecto que correspondía a Managua, Jinotepe y Nandaime, del partido legitimista, con una partida de gente democrática que, a pesar de la desertión que debió haber sufrido, llegó con treinta plazas. Zepeda era pobre, y de consiguiente no disponía de recursos para

equipar y pagar el sueldo a dicha tropa, puesto que no hay soldados si no hay dinero.

José María Valle (a) *Chelón*; el mejicano Luz Arriaga, Tellería y otros hombres importantes, por ser versados en la carrera de las armas, eran hijos del país que gozaban de prestigio, y estaban con Walker en el istmo; por tierra y por agua tenían correspondencia con sus amigos democráticos.

Y los hombres de Granada, ¿qué hacían para abordar a inteligencias más concretas respecto de conjurar el peligro en que estaba entonces Nicaragua con Walker y los hombres que le acompañaban, triunfantes en la Virgen y dueños del istmo?

Veintidós días habían transcurrido hasta el 8 de octubre, fecha en que el autor traducía la carta de Walker ya expresada. El General Corral había comunicado al Doctor Cortés el importante asunto de las cartas de Escoto y Sarria; y había obtenido la opinión del político conciliador, que estuvo de acuerdo, como que llenaba su constante anhelo de concordia, para acabar con la matanza de nicaragüenses con nicaragüenses, eliminando el elemento extranjero, que consideraba funesto para democráticos y legitimistas.

Pero en Granada, en vez de aprovechar con prontitud aquellas circunstancias, para entrar de lleno y con franqueza en transacciones razonables, justas y de deferencias para obtener la paz, emplearon todo ese tiempo en reunir más gente y disciplinarla para la guerra.

La máxima de gobernar para los tiempos normales: *Si vis pacem, para bellum*, parece que determinaba la conducta de Granada en esta emergencia de la guerra; o bien obedecía al propósito de presentarse fuerte, y en actitud respetable, para que en los términos del arreglo se le dejase la hegemonía en la administración de los negocios públicos, después de triunfar en Pueblo Nuevo.

En Pueblo Nuevo, sí, porque al recibir en León las diplomáticas contestaciones del Presidente Estrada, recibían también noticia de que en los pueblos orientales se hacía una fuerte recluta de gente y se hacían preparativos bélicos. Los democráticos pusieron fuerza en este lugar, al mando de Pineda, militar de la escuela de Muñoz, valiente e instruído.

Los que llegamos a Nagarote íbamos, pues, a batirnos con Pineda. Era la víspera del combate; el autor fué nombrado, a las seis de la tarde, Jefe de día; y antes de anoecer visitó todos los puestos de las avanzadas, recorriendo toda la línea de nuestro campamento.

A las ocho de la noche se oyeron descargas de fusil en la avanzada del Jenízaro. Un piquete de caballería enemiga se había presentado por el camino de Pueblo Nuevo y habían disparado sus armas. Nuestros soldados les contestaron; y oyeron en seguida el tropel de los caballos en fuga. Pineda había mandado descubrir el punto que ocupábamos, todo lo cual fuí a informar al General en Jefe, que con el Estado Mayor me estaban esperando.

Con el General Hernández estaban también los Coroneles Dolores Estrada e Hipólito Saballos. Después que di mi informe de lo sucedido en la avanzada, Martínez y Chamorro propusieron que se mandase disparar tres cañonazos que llegasen hasta Pueblo Nuevo. En efecto, se hicieron los disparos de cañón, porque estando Nagarote a sotavento de Pueblo Nuevo, llegarían hasta allá los estampidos. ¡Oh debilidad humana! Los cañonazos que en la hacienda «El Jocote» se dispararon la víspera de la acción de la Virgen fueron objeto de acerba censura al General Guardiola, de parte de los que esta vez lo imitaban, mandando hacer también los disparos, en análogas circunstancias.

Al siguiente día se dió la acción de Pueblo Nuevo. El Jefe de día fué nombrado para mandar el cuerpo de reserva, situándose fuera de la población atacada. Los fuegos se hacían con regularidad. Los ayudantes llegaban a pedir guerrillas para reforzar el ala que las necesitase, y una por una fueron dejando la reserva, hasta que se agotó; y como notase apagado el fuego de nuestra ala izquierda, marché solo sobre el pueblo para averiguar el motivo del silencio en ese lado. A poco andar, encontré unos soldados y los hice regresar conmigo.

Hernández y Chamorro, con otros oficiales, estaban en los Tamarindos; no nos hablamos, y continué con los cuatro soldados que llevaba. Como a doscientas yardas antes de la ronda

del pueblo, se bifurca el camino. Hice un alto para deliberar si tomaba a la izquierda o a la derecha; pero vi por la derecha a Liberato Dubón, que con su espada me hacía señas llamándome. El estaba parado como a cincuenta yardas, en la bajada de la turgencia del terreno, en uno de los ángulos del triángulo que forma la bifurcación del camino con la primera calle del pueblo.

Ese terreno triangular estaba recientemente sembrado de frijoles, de manera que Dubón veía que en el camino de la izquierda, se había apiñado un grupo de soldados de divisa roja. Me los señaló, eran enemigos. Ordené a los soldados que les hiciesen fuego; el grupo enemigo retrocedió en precipitada fuga, y nosotros marchamos de frente a dominar la alturita para divisar el pueblo.

Nuestro cañón había disparado en la calle real frente a la plaza, y los bueyes que tiraban de la cureña marcharon para adelante y se iban metiendo en un solar, cuando Almanzor Rocha nos decía asustado: «El enemigo va a coger el cañón, pues los bueyes se van a meter en la plaza solos, porque el bruto italiano le dió fuego sobre los cachos y los ha asustado». Rocha no se había fijado en que los bueyes se habían metido en un solar.

Cuando esto se hablaba, como a treinta varas, el sargento Mercedes Díaz me llamaba de la calle Ronda, con la mano y con instancia. Avanzamos con los soldados; los de divisa roja salían del camino agrupados y en fuga; se les dispararon cinco tiros, y cayó uno. Cargamos sobre ellos prontamente y huyeron; nuestros soldados, que andaban entre los solares, salieron al oír nuestros vivas, de modo que cuando llegamos a donde estaba el que había caído muerto, ya las divisas blancas éramos más de quince, y a proporción que cargábamos nos aumentaban soldados y oficiales, que iban saliendo. Así es que pronto se volvió a formar el ala izquierda, que el enemigo nos había dispersado, y no se detuvo el movimiento de avance hasta la ocupación de la plaza atacada.

Los que mandaban el centro y la derecha de nuestra fuerza, Saballos y Estrada, no cesaron en su esforzado y tenaz combate,

no se desconcertaron, ni se dieron cuenta del suceso del ala izquierda.

Pineda tenía la plaza con trincheras de soleras y alfajías de las aserraderas del pueblo, y pelearon bien; muchos de sus oficiales quedaron muertos, entre ellos *Chachalico*, de Managua, democrático, que peleaba al lado de Pineda; la bala de cañón, que hizo avanzar a los bueyes, dió en una solera, y un fragmento rebotó sobre la cara de *Chachalico* y le destrozó la mitad de la cara, muriendo instantáneamente.

Contraste forma este hecho con el siguiente: El jefe que derrotó nuestra ala izquierda era Rubí Prieto, valiente y afamado tirador de pistola, que nos disputó palmo a palmo el terreno que íbamos reconquistando; su retirada fué calmosa, sin abandonar sus soldados, sino al muerto o herido; de vez en cuando, nos daba la cara y si nos sentía cerca, para contenernos y salvar su tropa, nos disparaba su pistola tomando por mira las orejas de su caballo. Nosotros le disparamos las nuestras, sin que él ni nosotros nos hiciéramos daño; él entró en la plaza y viendo que sus defensores habían huído, regresó por la calle Sur, aun viendo que la esquina estaba ocupada por nosotros. Al llegar a la bocacalle, se le hizo una descarga a quemarropa, el caballo cayó y se levantó con rapidez eléctrica, dejando al jinete en el suelo: éste huyó como un relámpago, en medio del humo de la descarga; el soldado que lo cargó, con avidez, no pudiendo alcanzarlo, le lanzó el fusil sobre la puerta del solar en que había entrado y la bayoneta se clavó en un cardón, y con el cuerpo del fusil cerró el paso al caballo del que lo perseguía, en tanto que el suyo siguió la calle recta y en un pradito fué agarrado por el mismo, y se montó y huyó. Los soldados lo persiguieron, y volvieron trayendo un salveque en que estaban los cuadernos con el nombre A. Rubí, en los cuales éste llevaba la lista de distribución de sueldos y la copia de las órdenes del cuerpo.

Dueños de la plaza, y acuartelada la tropa, como todavía era yo Jefe de día, mandé poner preso a Zepedita, valiente oficial rivense que había dado fuego a unas casas que aun se estaban quemando, y con una palma encendida quería continuar la horrible tarea: él estaba embriagado, y daba por razón de su des-

atentada conducta que en esa calle le habían dado el balazo que exhibía en una pierna.

Sería la una de la tarde y procuré dar de comer a mi tropa, en la esperanza de que los jefes, después de dos o tres horas de descanso, continuaríamos para León. Aprovechando el pánico de los leoneses por la derrota de Pineda, obtendríamos otro triunfo.

¡Error! Todo lo contrario; al llegar Pineda tocaron a rebato; todo el mundo acudió, pobres y ricos, a empuñar las armas. El clero exhortaba al pueblo: el canónigo Llanes, anciano, y el Padre Bravo, aquél montado y con una cutacha al cinto sobre la sotana, daban lecciones objetivas de ardor bélico en los barrios, recordándoles los estragos de Malespín. Las matronas de la ciudad, y las señoritas en los balcones y puertas de sus casas, hablaban a los que pasaban por las calles palabras fogosas de pelear con valor en defensa de su patria y de su libertad. Las ilusiones de joven me cegaban para no ver que los jefes ocuparon el tiempo en atrincherarse.

Así pasamos dos días durmiendo sobre nuestros laureles, y a las cuatro de la mañana nos despertó el oficial F. Miranda, portador de la infausta noticia de que la plaza de Granada había sido tomada por sorpresa a las cinco de la mañana del día 13 de octubre de 1855.

A esa hora la población se despertó alborozada al estampido del cañón, los acordes de la música marcial que tocaba alegre diana, la detonación de los cohetes que atronaban el aire y el repique de las campanas anunciando que en la casa del Coronel Fulgencio Vega se celebraba nuestra victoria en Pueblo Nuevo; todo aquel estruendo de expansivo regocijo fué apagado por el estrépito de una descarga de los rifles filibusteros, que del atrio de la Parroquia, y de la plazuela de los Leones, disparaban contra el cuartel y la casa en que estaba la reunión, ebria de placer, conversando de la derrota que habían sufrido los democráticos en Pueblo Nuevo.

El oficial Miranda refería que los filibusteros habían penetrado por la trinchera de San Francisco; en su semblante se notaba todavía el pánico de la sorpresa, que se transmitió al Estado Mayor del ejército vencedor; la reunión de la casa de

Vega se había dispersado, como un grupo de palomas al tiro del fiero cazador; todos huyeron a la fatídica voz de ¡Sálvese el que pueda! y los granadinos legitimistas andaban dispersos.

No quedaba duda; la mano de la desgracia pesaba abrumadora sobre la valiente ciudad, que el joven vate Yribarren llamó invicta en sus cantares; los democráticos leoneses se paseaban ufanos por sus desiertas calles gozándose de estar triunfantes en una plaza que Jerez había tenido en vano sitiada durante nueve meses.

El moderno Atila, capitaneando a su horda, había logrado vencer a la invicta: el oso de Tennessee tenía puesta su feroz garra sobre la garganta nivea de la Sirena del Gran Lago, y los granadinos apenas si se daban cuenta de lo que les había pasado; salían atónitos de sus casas y volvían a entrar estupefactos.

Las balas de los filibusteros silbaban a través de las lúgubres calles silenciosas, sin encontrar un blanco; sin embargo, a Daniel Cuadra que, en su intrépido terror, quiso atravesarse de la casa Chamorro a la del Cura Vigil, le rompieron un muslo y murió. ¿Qué se hicieron aquellas cartas de sensata transacción y de culta armonía de los dos Presidentes, que hicieron concebir a los filántropos la dulce esperanza de que iba a terminar la desventura de Nicaragua, cerrando civilizados las puertas del ardiente Jano? ¡Escoto, Estrada, responded!... El estruendo del cañón de Pueblo Nuevo y su repercusión en las faldas de Mombacho, mezclado con el silbido de las balas democrático-filibusteras, se encargarán de dar la respuesta al porvenir, que pesará en la balanza del criterio histórico la suspicacia del moreno ilustre, del diplomático receloso de Cuiscoma, y la astucia sagaz del político montañés de la región Matagalpina, Nazario Escoto, Presidente Provisional del Gobierno democrático. A nosotros, simples cronistas, sólo nos basta apuntar los hechos y continuar la narración.

Walker había desembarcado en el punto de la costa llamado Tepetate, no lejos de la ciudad, por el lado Norte; es el hecho de un plan bien meditado; bien está. Pero ¿y la atalaya del Fuertecito en el lago? Pues el centinela observó que el vapor se había divisado y había apagado sus luces al acercarse a las

Isletas; dió cuenta al oficial de guardia de aquella novedad, y éste mandó participárselo al Mayor Fulgencio Vega en la ciudad, distante del fuertecito más de mil quinientos metros; para andar este trayecto en línea ascendente se gasta tiempo.

El conductor de la noticia llegó cuando el Mayor tenía en su casa muchos amigos, con quienes estaba saboreando el triunfo de la división legitimista en Pueblo Nuevo; la música marcial alegraba con una animada diana a los grupos de gente, que aflúa a informarse de la fausta noticia, sin saber la infausta que portaban del lago, que en la embriaguez de la victoria desatendieron, y pocos minutos después el baluarte principal de los legitimistas estaba en poder de los demócratas-filibusteros, y Walker era el árbitro de la vida, de la propiedad y de la libertad de los nicaragüenses.

El ilustrado joven Ministro del Presidente Estrada, Licenciado Mateo Mayorga, don Dionisio Chamorro, don José Argüello Arce y muchos otros hombres notables estaban en las garras de Walker y de sus enemigos democráticos. La congoja y la tribulación reinaba en las principales familias, que gemían de angustia y de terror, y los hombres del Gobierno huían por el lado de Rivas, donde estaba el general Corral con el ejército; los otros andaban dispersos por los montes.

La carta que Walker había interceptado y que el entonces Coronel Fernando Chamorro escribió al General Corral, que con el ejército ocupaba la ciudad de Rivas, le dió más datos sobre la situación de su adversario que los que podía haberle dado el espía más sagaz; datos que le confirmó otra carta, que le mandó don Thomas Franco, residente en Granada. Era originario de una de las islas de las Antillas, y partidario de los democráticos, lo mismo que los que recibió de un presidiario político que llegó a la Virgen.

El señor Fulgencio Vega le dió dinero y su libertad para que fuera de espía hasta donde estuviese Walker, procurase verlo todo y regresase a dar cuenta del resultado de sus observaciones; el cual hizo lo contrario: informó al filibustero de la debilidad de la plaza de Granada, como lo decían las cartas de Chamorro y Franco, y como éste, él también le su-

gería el pensamiento de llegar a tomar la plaza por sorpresa, llevando su tropa embarcada en el vapor del lago.

Todos estos datos estaban conformes; y descansando en ellos, Walker embarcó toda su tropa en el vapor, zarpó de la Virgen la tarde del 12, a las cuatro de la mañana desembarcó en Tepetate, y al amanecer del 13 de octubre de 1855 tomó la plaza de Granada por sorpresa.

Andando el tiempo, que en sus evoluciones suele calmar el ardor de las pasiones políticas, uno de los personajes más fanáticos legitimistas de Rivas en este tiempo de que me ocupo, don Clemente Santos, da los importantes detalles siguientes:

Refiere el señor Santos, que entonces supo que el que fué mandado por Vega al istmo era originario de Costa Rica; el cual estaba preso junto con los reos políticos nicaragüenses y ocupaba el alto de San Francisco, y que con él estaban don Cleto Mayorga, Chávez, Clemente Cantón y otros: el costarricense tenía mucha flexibilidad en los pies, de modo que se sacaba el pie de la argolla de la cadena todas las noches para dormir. Una noche de tantas se propuso evadirse por el muro oriental, que no es tan alto; así lo hizo, pero al caer al otro lado se dislocó un pie, no pudo correr, se frustró su evasión y lo volvieron a encerrar. Poco tiempo después llegó de noche el jefe de día y se lo llevó. Sus compañeros y él temieron por su vida al despedirse; pero no tardó en regresar, lleno de júbilo, como también sus compañeros al recibirlo, y les refirió que el jefe de día lo había conducido a la casa de la Mayoría, que subió al segundo piso y que allí, alrededor de la mesa, estaban sentados don Fulgencio Vega, don Pedro Joaquín, don Dionisio Chamorro y don Fernando Guzmán; que había sobre la mesa una bandeja con copas y una botella: que le dieron asiento, y en seguida tomaron una copa y le dieron a él otra: después, don Fulgencio le habló diciéndole que su propósito de fugarse de su prisión, escalando el muro, lo exhibía como hombre audaz y valiente, y que persona de tal condición era llamada a muy altas empresas, con que podía ganarse su libertad y su fortuna; que se le darían tres mil pesos, la mitad al marcharse al istmo, en una buena mula que le regalaba, y la otra mitad a su regreso, si lograba matar a Walker; que él les había ofrecido

pensarlo y responderles al siguiente día; que don Cleto fué el primero en decirle la oportunidad de ir e invitar a Walker a que viniese por agua a tomar por sorpresa la plaza; que no tenía tropa suficiente para defenderse; que le expresase que era de los presos democráticos, y que le refiriese todo lo de Vega, cambiándole sólo lo de asesinarlo, porque Walker era hombre peligroso y suspicaz: y que le dijese que lo mandaban de espía solamente; pero que no podía servir a los que tanto lo habían afrentado.

Hizo lo que sus compañeros le aconsejaron, y don Octaviano Cantón lo presentó a Walker, constituyéndose garante de su dicho, porque el emisario era portador de un anillo de su hermano Clemente Cantón, que le era bien conocido, asegurando a Walker que su hermano era de los que tenían preso los chamorristas junto con el presentado.

La relación del emisario estaba conforme con los datos que tenía Walker, y se resolvió a dar la sorpresa; se embarcó con la tropa y dió el golpe.

El detalle último puede tener algo de novela en lo que se refiere a la propuesta del Mayor Vega; pero en lo demás hay mucho de auténtico, en concepto del autor.

Veinte horas después de la toma de Pueblo Nuevo, llegó la funesta noticia de la pérdida de Granada a los vencedores de Pineda, que dormíamos sobre nuestros laureles; el portador de la infausta nueva llegó a las cuatro de la mañana, y el pánico que traía retratado en su semblante se transmitió a todos.

¿Cómo había sucedido la cosa? Los filibusteros habían penetrado por el lado de San Francisco, divididos en dos grupos: los del lado de Guadalupe desde el atrio de la parroquia hicieron los primeros disparos de fusilería sobre la casa del mayor Vega, en donde se estaba acumulando la multitud, al son de la diana que la orquesta tocaba celebrando la victoria de Pueblo Nuevo; las campanas también repicaban a vuelo, y se quemaban muchos cohetes.

Todo este estruendoso regocijo se acabó al pronunciarse la fatídica voz: «Los yanquis dentro de la plaza». Otros habían penetrado haciendo fuego por la plazuela de los leones; todos

los legitimistas huyeron como palomas desbandadas, y los que estaban donde Vega, vagaban dispersos por los montes...

Tal era el informe del oficial Miranda, tomado del Coronel Argüello que, fugitivo, había llegado hasta Masaya.